



muerte para una "ye-ye"

joe mogar



JOE MOGAR

MUERTE PARA UN «YE-YE»

Colección PUNTO ROJO n.º 394

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito legal B 35.424 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1969

© JOE MOGAR - 1969
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:**
1013 — Llamada a un pistolero.
- En Colección BUFALO:**
393. — Alias, Pistol Kendal.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
991 — Muerte para una rubia.
- En Colección CALIFORNIA:**
345 — Un garito de cuervo.
- En Colección SALVAJE TEXAS:**
620 — Un rancho peligroso.
- En Colección COLORADO:**
625 — Un *gun-man* en la noche.
- En Colección KANSAS:**
586. — "Dificultades" Johnny.
- En Colección BRAVO OESTE:**
451 — El misterio de la colina.
- En Colección PUNTO ROJO:**
369 — El caso Manning.
- En Colección ASES DEL OESTE:**
525 — Oculto demonio.

CAPÍTULO PRIMERO

Olsen

O'Neil

la miró, pensando una vez más, igual que en todo momento, que los tipos como John Dereck siempre tenían suerte con las mujeres.

Con cualquier clase de mujeres.

Cierto que Velda

O'Hara

era única.

Velda lo era todo.

Velda era... Eso. Velda y nada más que Velda, y tal vez algo definitivo en la vida de John Dereck, mujeriego cien por cien.

O'Neil

se acercó a la estantería que tenía a su espalda, comparándola mentalmente.

Desde luego lo era.

Un hermoso decorado destacándose nítidamente contra el fondo de la pared, ya que se encontraba en uno de los extremos del mostrador, sentada desenfadadamente, y mirándole con el mismo descaro, desde que le pidió que le sirviera.

Mejor, mucho mejor que la chica del «bikini» negro que había en el calendario colgado de la pared, casi frente a sus ojos.

Velda, en «bikini» tenía que ser algo serio.

Mejor, mucho mejor que lo que estaba viendo de su chica, como él la llamaba. Pero el ver a Velda de aquel modo, por lo menos para él, era imposible.

Eso quedaba para John Dereck.

Olsen

O'Neil

divagaba.

Pero dejó de hacerlo cuando se volvió en redondo, encarándola,

llevando en las manos todos los ingredientes para prepararle un «Manhattan» con hielo en aquel bochornoso día del mes de julio.

Empezó a servirla pensando en que le gustaría estar al otro lado de la barra, mirándola a ella, pero desde diferente ángulo.

Como lo estaban haciendo los clientes que en aquel momento había en el interior del local.

Sí, desde luego, le gustaría.

Sobre todo por las piernas de Velda, que se encontraba sentada sobre uno de los altos taburetes, con la minifalda donde no debía de estar.

Y era la primera vez que la veía con aquella prenda.

La más pequeña minifalda que había visto en su vida y que mostraba sus largos y bien torneados muslos casi en su totalidad.

Un decorado hermoso y altamente interesante.

Más que interesante, perfecto.

O'Neill

divagaba una vez más.

Y dejó de hacerlo mediante un esfuerzo, y entonces fue cuando preguntó llevando una leve sonrisa en los labios:

—¿Vendrá mister Dereck, *miss*

O'Hara?

En el acto, ella le dedicó una de sus tímidas y bonitas sonrisas.

—No lo sé,

O'Neill

—respondió—. Con John nunca se sabe lo que va a ocurrir... Tal vez... Bueno, quizá ande en busca de cualquier perdido cadáver. O en busca de una rubia, pongamos por caso.

Era la verdad.

Desde que le conociera seis meses atrás en Central Park, nunca lo había sabido, nunca había estado segura de nada.

Es decir, sí.

Sólo de un par de cosas. De un par o tres, pero nada más.

De que era su secretaria y de que desde el primer día en que le conoció ambos compartían el mismo apartamento.

También había algo más: que ella, particularmente ella, se sentía absurdamente feliz, y que cierta parte de su pasado se iba borrando de su mente a pesar de cierto teniente de la Metropolitana.

Velda clavó el embrujo de sus grandes y rasgados ojos negros en

O'Nell

cuando en réplica a sus palabras oyó su comentario:

—Es cierto, *miss*

O'Hara,

con él, nunca se sabe...

Velda no respondió.

Desvió los ojos y su mirada patinó sobre la pulida superficie del mostrador hasta el lugar donde se encontraba el periódico.

Adivinando,

O'Nell

se apartó de ella, lo tomó, se lo dio, y acto seguido se encontró con una de sus maravillosas y tímidas sonrisas que tanto gustaban a los hombres.

—Gracias,

O'Nell.

Sin esperar respuesta, lo abrió, y empezó a leer.

Velda no lo sabía en aquel momento, pero con aquel gesto, se iba a meter en uno de los peores líos de su vida, y con ella, el propio Dereck.

Quince minutos más tarde, éste detuvo el convertible «Cadillac» frente a la puerta del «*snack*-bar», descendió del mismo y entró.

La vio desde el umbral.

Una breve minifalda.

Unas piernas largas y perfectas, elegantes, como toda ella.

La miró de pies a cabeza.

Como hacía siempre, como continuaría haciéndolo cada vez que la viera y mientras Velda continuara a su lado.

Desde la preciosa y altiva cabeza cuyo negro pelo reflejaba tonalidades azules...

Dereck avanzó hacia ella y se colocó sobre el taburete inmediato al suyo sin que Velda, ensimismada en la lectura, advirtiera su presencia.

Preguntándose qué diablos de noticia estaría leyendo. Dereck, mirando los ojos un tanto socarrones de

O'Nell

pidió:

—Un «Manhattan», por favor.

Y al instante clavó los ojos en el «bikini» altamente decorativo

de la chica del calendario.

Se la mirara por donde fuera, Velda...

Ella le estaba mirando ya.

Había dejado el periódico a su lado y estudiaba la expresión de su semblante mientras éste contemplaba el mejor decorado del bar.

Arrugó la nariz.

—¿Te gusta, querido? —preguntó.

Dereck ladeó la cabeza y la miró con gesto un tanto socarrón.

—¿Quién? —preguntó a su vez—. Tú, o la chica del...

Le sonrió, como solo ella sabía hacerlo, y contestó:

—Ninguna de las dos, tonto. Me refería a mis piernas. ¡Pero si hasta me he puesto minifalda! ¡Y sé que son inmejorables! Incluso el teniente Mac Harrison lo dice. Sobre todo cuando me siento en el pico de la mesa del despacho. ¿No fue para eso para lo que me contrataste, querido?

Y extendió la pierna derecha frente a sus ojos cuando Dereck los desvió de los de ella para mirar el lugar indicado.

Luego, con gesto perplejo se rascó la nuca, y mirándola de nuevo contestó:

—¿Sabes una cosa, Velda? Creo... creo que ese teniente tiene razón. ¿Cómo diablos no me he fijado hasta ahora en eso?

—¡Vete al diablo, John Dereck! —respondió ella.

Le hizo un mohín y en el acto clavó los ojos en el vaso.

Dereck dejó transcurrir unos segundos de silencio y preguntó:

—¿Qué estás leyendo con tanto interés preciosa?

Y casi al instante se tropezó el brillo de sus ojos grandes y negros, y comprendió que por una causa u otra estaba excitada aunque lo disimulaba bastante bien.

Esperó.

Dereck arqueó una de sus cejas en tanto que ella le dedicaba una de sus sonrisas.

—A ver... Déjame ver...

—¡Oh, no cielo! ¡Nada de eso! Primero, y en castigo por no gustarte mis piernas, vas a llevarme a comer a cualquier parte. Luego...

—Te llevaré a la oficina, ricura.

En el rostro de Velda se plasmó una burlona decepción.

—Pero, querido... Oye, no me irás a decir que voy a permanecer

allí como figura decorativa, ¿verdad?

Dereck le devolvió la sonrisa.

—Pues sí. Hoy es martes, ¿no? Entonces no te toca trabajar. Sólo subirte al pico de la mesa y esperar a un posible cliente. Para eso cobras, incluso horas extras.

—Pero..., pero... eres un bruto. ¡Y yo que creí que sólo iba a interpretar el papel para ti...!

Sabiendo que aquello no iba a tener fin, si no lo cortaba él, Dereck contestó ahora en tono serio:

—De acuerdo, pequeña, te llevaré donde quieras. Luego hablaremos de ese asesinato.

—Pero después, ¿sabes? Quiero hacer tranquila la digestión.

—¿Entre mis brazos?

—Si me arrullas, sí, aunque no sé si voy a perdonarte el que no me hayas dado un beso al entrar.

Y como si quisiera evitar lo que estaba deseando que ocurriera, alargó la mano tomó el vaso y empezó a beber bajo la mirada brillante de

O'Neill

y la expectante del propio Dereck.

Al terminar con el contenido del vaso, Velda preguntó sonriéndole con timidez:

—¿Nos vamos, John?

Dereck apuró su «Manhattan», saltó del taburete al suelo, la tomó del brazo para ayudarla a descender del suyo y acto seguido, tiró de ella hacia la calle.

Le abrió la puerta para dejarla pasar al interior del «Cadillac» y Velda preguntó con un curioso frunce en sus rojos y sensuales labios:

—¿Conciencia culpable, John?

Acomodándose frente al volante contestó:

—No. ¿Por qué había de tenerla?

—¡Oh!, querido eso no lo sé. ¿Una posible rubia en «bikini» como la chica del calendario del bar de O'Neill?

¿Acaso es ésa la verdad? Tú no me tratas como...

La violenta arrancada del «Cadillac» la lanzó contra el asiento y ella, componiéndose el desaliño del pelo, ya que con la «minifalda»

no podía hacerlo, pues tenía tendencias particulares como todas las minifaldas, rió, como siempre, absurdamente feliz.

Sin que ninguno de los dos pronunciara más palabras que las indispensables, Dereck condujo hasta Broadway y se detuvo frente a un pequeño restaurante muy cerca de la Calle 16, donde tenía su oficina.

Donde Velda hacía las veces de secretaria y de figura decorativa. El mejor decorado que un hombre puede tener para sí mismo.

—John, ¿dónde me has traído?

Dereck se sorprendió por la pregunta que Velda formuló apenas si puso los pies sobre la acera, y volvió los ojos hacia ella.

—A comer —contestó—. ¿No era eso lo que querías?

Prendiéndole del brazo, ella replicó:

—Sí, John, querido. Pero no aquí —y como viera que Dereck la miraba con gesto intrigado, agregó—: Está muy cerca del despacho, y tu amante y secretaria no tiene muchas ganas de trabajar.

Como respuesta, Dereck tiró de ella y ambos entraron en el restaurante.

Comieron casi en silencio, mirándose a los ojos, y al terminar, frente a una taza de café y los cigarrillos, señalando el periódico que ella no había abandonado, preguntó:

—¿A quién han matado, linda?

Velda se lo mostró replicando:

—Ahí lo tienes, en primera plana.

Dereck desplegó el papel impreso frente a sus ojos.

Durante unos cuantos minutos estuvo leyendo la noticia y luego la miró fijamente.

La sonrisa de Velda era mucho, muchísimo más tímida que nunca. También sus palabras sonaron más suaves que otras veces a los oídos de Dereck cuando preguntó:

—¿Es que no te das cuenta, John, amor? Se trata nada menos que de Hoss Mulligan, querido.

Como si le hubiese dicho que se trataba de Jesse James al que no conoció ni mucho menos, pues jamás estuvo en el Oeste de aquella época, ya que no comprendía nada, porque frente a sus ojos, en negro, en letras descomunales, se podía leer lo siguiente:

MUERTE PARA UN

«YE-YE».

«Esta madrugada, la policía Metropolitana recibió un aviso telefónico de que en la vía seis, en el centro de la Gran Estación Central, se encontraba el cadáver de un joven de unos veintitrés o veinticuatro años de edad, al parecer asesinado.

»Posteriormente se ha sabido que se trataba de Hoss Mulligan, un “ye-ye” al parecer de buena familia, y que el motivo de su muerte había sido suicidio».

No había más.

Tan sólo una fotografía en la cual se le vela de frente, con tanto o más pelo que Velda llevaba sobre su altiva y hermosa cabeza, al fondo algunos vagones, de cualquiera sabía qué tren, y nada más.

Un suicidio y no un asesinato como afirmaba Velda.

Sencillamente se había matado él mismo.

La policía, el Departamento de Homicidios, la eficiencia del teniente Mac Harrison lo atestiguaban así.

Por tanto, nada había que decir.

Nadie diría nada en contra.

Tan sólo Velda.

Dereck sacudió la cabeza mientras que la tímida sonrisa de ella se acentuaba aún más.

—¿Quién es Hoss Mulligan, preciosa? —preguntó.

Velda mostró sus dientecillos blancos y menudos, perfectos, cuando amplió la sonrisa que le dedicaba, ahora sin timidez alguna.

—El hombre de la trompeta de plata, cielo —fue su desconcertante respuesta.

Y Dereck sonrió.

CAPÍTULO II

Junto a ella había un espantoso rostro.

Un horrible rostro.

Desdentado, con las cuencas de los vacíos ojos mirándola fijamente. Una cara que se le acercaba tanto que casi podía sentir su frío aliento fétido, helado como un ventisquero.

Helado como...

La muerte.

El rostro de la Dama de la Guadaña que se la quería llevar hacía... ¿Dónde?

Hasta lo inconmensurable del Más Allá.

Recobró el conocimiento seis o siete minutos más tarde, cubierta de un sudor frío que la empapaba de a cabeza, y aún tardó casi otro tanto en recobrar completamente la lucidez.

Entonces se sentó sobre la alfombra y sacudid la hermosa cabeza de un lado para otro, intentando por medio despejar de ella las brumas que aún la envolvían.

Luego miró alrededor en tanto que los pensamientos acudían en tropel a su mente sumiéndola en un caos infernal.

De lo primero que se dio cuenta es de que se encontraba en el mismo lugar.

O sea, que después de golpearla, nadie había hecho intención de trasladarla a otro sitio. Permanecía en el salón de Hoss Mulligan, entre las trompetas, el par de guitarras eléctricas, las fotografías de algunas jovencitas vistiendo y peinando con flequillo y cabello liso sobre los hombros, ojos grandes y faldas cortas, la mesa despacho llena de papeles que al parecer nadie había tocado y...

Repentinamente, Velda recordó a Diane Mulligan.

De nuevo miró alrededor y entonces se puso en pie de un salto.

La pelirroja estaba caída un poco más allá, con un balazo en medio de la frente, completamente muerta, mostrando en su

totalidad y a los ojos de cualquiera unas piernas casi tan hermosas como las suyas propias, pero unas piernas que ya no se moverían nunca más.

Velda avanzó unos pasos, lo mismo que una sonámbula, hasta que repentinamente se detuvo en seco, mirándose la mano armada, con una auténtica «Colt» calibre 38.

Un arma que ella no había visto nunca.

Con un gemido, aunque sin comprender del todo, Velda la dejó caer y corrió hacia la puerta, con el único deseo de huir.

Ella, una mujer como ella, con antecedentes penales, era...

Se detuvo al llegar al umbral.

—Tranquila, Velda —musitó entre dientes—. Suave, muy suave, muchacha. Esa pistola tiene tus huellas digitales. Es... es como para llevarte a la silla... Cuidado, muchacha... mucho cuidado. Si te pesca el teniente Mac Harrison o el sargento Foster, lo vas a pasar muy mal a pesar de John. Tranquila, querida...

El querido John; el hombre que amaba mucho, muchísimo más que a su propia vida.

Se volvió procurando serenarse.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que su bolso se encontraba caído junto a ella aunque se encontraba mucho más cerca del cadáver de la pelirroja *mistress* Mulligan, y mientras se acercaba para tomarlo, se percató de que de una manera sutil, alguien, tal vez el propio asesino, había registrado el salón.

¿Qué buscaba?

¿Tal vez la prueba de que Hoss Mulligan no se había suicidado ni mucho menos?

Al inclinarse para tomar el bolso, Velda dejó de pensar en todo aquello para hacerlo en sí misma y en la situación en que se encontraba si la policía se presentaba de improviso.

Lo abrió.

Del mismo extrajo el pañuelo y con éste en la mano tomó la automática y la limpió cuidadosamente con el pensamiento puesto en Dereck y de paso en el teniente Mac Harrison, y en lo que este último era capaz de hacer si le daba pie para ello.

Con una nueva mirada circular en torno suyo, luego de dejar la pistola sobre la alfombra, Velda cruzó el salón, y ya en el *hall* clavó los ojos en el teléfono.

Se envolvió la mano en el pañuelo y se acercó con el ánimo de usarlo, pero no llegó a hacerlo, porque el sonido de las sirenas de la policía se lo impidió.

Pálida, lo mismo que una muerta, Velda miró a todos lados sintiéndose durante unos segundos completamente acorralada. Luego, y de una forma antinatural, obedeciendo tal vez a un oculto mandato de subconsciente, con el bolso en la mano, intentando recordar si había tocado algo del apartamento, corrió como una loca buscando la salida posterior mientras que las sirenas de la policía sonaban cada vez más cerca.

Ellos llegaban a la puerta principal del edificio cuando ella alcanzaba la escalerilla de emergencia para caso de incendio.

Velda miró hacia abajo.

Tenía que darse prisa.

Sabía que en el coche patrullero tal vez se encontrara el teniente Mac Harrison o el sargento Foster, que para el caso era completamente lo mismo.

Empezó a descender hacia la calle, pidiendo mentalmente que a ninguno de los transeúntes se le ocurriera mirar hacia arriba y la viera, cosa casi imposible por completo ya que las primeras sombras de la noche empezaban a extenderse sobre Nueva York.

Alcanzó la acera justo en el momento en que el ruido de la sirena de la policía se extinguía por completo, con lo que comprendió que el que fuera acababa de llegar a la casa del crimen.

Miró a ambos extremos de la calle y luego, a buen paso, avanzó en sentido contrario con los ojos puestos en el intenso tráfico, buscando con la mirada un taxi libre.

Ya dentro, Velda dio la dirección del bar de O'Neill

donde entró veinte minutos más tarde.

Se acercó a la barra, y al verla, éste se acercó mirándola atentamente.

—¿Qué ocurre, mis O'Hara?

—preguntó—. ¿Le pasa algo?

Velda intentó una de sus tímidas sonrisas, que no le salió del todo mal, e incluso habló con entera naturalidad cuando respondió:

—No, nada,

O'Neill.

¿Qué iba a ocurrirme? —Hizo una ligera pausa acomodándose en uno de los altos taburetes, y acto seguido preguntó—: ¿Ha visto a mister Dereck?

—No, aún no ha venido, *miss*

O'Hara

—replicó.

Consultó su reloj de pulsera y preguntó a continuación:

—¿Qué le sirvo?

Notando las miradas indiscretas de los clientes sobre sus piernas y sobre sí misma, lo mismo que siempre Velda contestó:

—Un *whisky*,

O'Neill.

Doble.

El aludido la miró atentamente ante lo inusitado de la petición, pero luego, como un buen dueño de un establecimiento de bebidas, se lo sirvió, comiéndose la multitud de preguntas que se agolpaban en su mente. Velda empezó a beber.

Lo terminaba cuando Dereck hizo su entrada en el local.

Se acercó a la barra notando los ojos negros de Velda fijos en los suyos a través del espejo que había detrás del mostrador.

Al llegar a su lado abrió la boca para pedir algo, ante su estupor, Velda le interrumpió con un gesto y dijo:

—Llévame a nuestro apartamento, John.

Apuró el resto del *whisky* de un solo trago y acto seguido saltó del taburete al suelo.

Le prendió de un brazo y tiró de él.

—Vamos, cielo —susurró.

Y fue entonces cuando Dereck se dio cuenta de que estaba asustada por algo.

No preguntó ni dijo nada, pero se dejó guiar hasta la calle, hacia el lugar donde había dejado estacionado el «Cadillac».

Como siempre se apartó de la portezuela del coche para dejarla pasar, y ya frente al volante, luego de dar al encendido, mirándola fijamente, preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre, Velda, querida?

Ella apartó sus ojos de los de él y mirando por la ventanilla, respondió:

—Llévame a casa, por favor, John.

Sí, era verdad; Velda se encontraba asustada.

¿Por qué?

Se formuló la pregunta mientras embagaba, pero no dijo nada.

No pronunció una sola palabra hasta que ambos no estuvieron en el apartamento, él en pie, frente a ella, y Velda sentada en el amplio sofá del *living*, mirándolo intensamente y con una pierna sobre la otra.

—¿De quién tienes miedo, Velda? —preguntó—. ¿De nuevo estás pensando en el pasado?

Ella se sobresaltó y respondió con brevedad:

—Un poco, John; sólo un poco.

—Bien, ¿quieres hablar de una vez?

Velda vaciló unos segundos y luego se retrepó contra el respaldo del sofá, pidiendo:

—Dame un trago, John, amor, pues creo que lo necesito.

Sin replicar, pero nervioso en extremo, ya que desde el día en que la llevara a su apartamento, Velda se había comportado como una persona normal, sin miedo, sin nerviosismo alguno, dio media vuelta y se en caminó al mueble-bar y de allí al frigorífico.

Cuando regresó a su lado, Velda se encontraba tendida materialmente en el sofá y alargó el brazo pan tomar uno de los dos vasos que traía en las manos.

Bebió un poco mientras Dereck se sentaba en uno de los sillones, muy cerca de ella.

La miró atentamente, sin preguntar nada, hasta que Velda rompió el silencio hablando un tanto nerviosamente.

—John..., John..., ha ocurrido algo horrible.

Dereck encendió un cigarrillo después de ofrecerle otro a ella y replicó:

—De acuerdo, muchacha. Ahora, con tranquilidad ¿quieres explicarte?

Velda medio se incorporó en el sofá. Y desvió mirada de la de él cuando dijo:

—Se trata de la esposa de Hoss Mulligan. ¿Recuerdas, John? Ha sido asesinada dentro de su apartamento.

La respuesta de Dereck fue exactamente la que ella esperaba:

—¿Cómo lo sabes tú, Velda?

—Porque estaba allí con ella.

Siguieron unos segundos de silencio que Dereck rompió:

—Explícate, ¿quieres?

Por segunda vez, Velda tomó el vaso, bebió hasta terminar con su contenido y contestó:

—A eso iba. Escucha...

Acto seguido le relató todo, sin omitir detalle, desde el momento en que él la dejara en la oficina hasta que se decidió a telefonar al *Mirror* en busca de detalles.

Tardó varios minutos en hacerlo, en el transcurso de los cuales Dereck no la interrumpió ni una sola vez.

Al terminar Velda, preguntó:

—¿Por qué lo hiciste, querida?

—Porque estoy segura de que no se suicidó, sino le mataron. Y ahora mucho más, después de lo ocurrido.

Dereck no dijo nada.

Pensaba.

Y tradujo en palabras parte de sus pensamientos cuando contestó:

—Dejaste huellas, Velda, muchacha.

Ella se movió en el sofá y nunca como entonces Dereck la comparó mentalmente con una figura altamente decorativa, pero sin el bikini de marras.

—No, John, estoy segura que no —dejó una pausa que duró varios segundos y a continuación preguntó—. ¿Qué voy a hacer ahora, querido?

—Nada, Velda. Olvidalo.

—Pero Hoss Mulligan...

—Olvida eso, Velda. Es mejor, mucho mejor para ti. ¿Comprendes?

Como primera respuesta, ella se palpó la nuca y acto seguido clavó en él sus grandes negros, y desasosegados ojos.

—¿Y esto también, John? —preguntó.

Dereck estuvo a punto de soltar una carcajada pero no lo hizo.

Simplemente respondió:

—No, eso, no. De todo lo ocurrido, eso, ese bonito chichón en tu cabeza, es lo que debes recordar continuamente.

Los ojos de Velda se agrandaron por el asombro.

—¿Por qué, querido? —preguntó en el acto.

—Por la sencilla razón de que de ese modo aprenderás a no meter las narices en donde no debes.

—¡John!

Dereck le prendió de un brazo y tiró de ella.

Unos segundos más tarde ambos lo olvidaban todo.

Velda fue a la cocina, donde estuvo preparando la cena para los dos.

Fue al terminar con aquélla, cerca ya de medianoche, el momento en que empezó a sonar el zumbador de la puerta de un modo harto estridente.

Ambos se miraron en silencio unos cuantos segundos, hasta que Dereck lo rompió, señalando el dormitorio:

—Creo que será mejor que entres ahí y esperes preciosa.

Velda no respondió, pero hizo lo que le mandaba mientras Dereck iba hacia la pequeña estantería y tomaba uno de los libros, que abrió por el centro, y que luego dejó sobre la pequeña mesita del *living*, junto a un vacío vaso de *whisky* y acto seguido, con la mano acariciando la culata de la «Magnum» en tanto que el repiqueteo del timbre continuaba sonando, se acercó dispuesto a abrir.

Lo hizo.

Y a continuación oyó la voz del teniente Mac Harrison.

—Buenas noches, pesquisa. Perdona si le interrumpo a estas horas, pero deseo hablar con *miss*

O'Hara.

Dereck se apartó de la puerta, hizo un amplio ademán hacia el interior y contestó, con los ojos ahora fijos en el sargento Foster:

—Bienvenido a mi casa, teniente. Pase, por favor. Aquello era una mentira tan grande como un templo y los tres lo sabían.

Pero Mac Harrison no dijo nada al respecto, sino que aceptando la invitación de Dereck, entró conjuntamente con Foster y con entera cortesía se llevó la mano al sombrero y se lo quitó.

Esperó a que cerrara la puerta y le siguió cuando Dereck le indicó:

—Por aquí, teniente. Nos sentaremos en el *living*, ¿no? Pero, claro está, usted ya sabe el camino, ¿verdad?

Mac Harrison hizo como si no le hubiera oído y le siguió hasta

allí.

Con un gesto no menos cortés que el de Mac Harrison cuando se quitó el sombrero, Dereck, para no ser menos, le indicó que se sentara.

Ambos policías lo hicieron y luego, por espacio de unos segundos, los tres se contemplaron en silencio hasta que Mac Harrison lo rompió con una pregunta:

—¿Dónde ha estado a partir de las ocho de la noche, pesquisa?

Dereck frunció el ceño, dudó unos cuantos segundos más, y al fin replicó:

—Con entera franqueza, no lo sé, polizonte. Velda y yo recorrimos varios establecimientos y luego fuimos a ver a la chica del bikini en el bar de

O’Nell.

¿No conoce a la muchacha? Pues es perfecta. Es... el mejor decorado que

O’Nell

tiene en su *snack-bar*. Es... algo definitivo, sin menospreciar a Velda, claro.

El rostro de Mac Harrison se nubló.

—Escuche de una vez por todas, Dereck. Quiero, saber dónde estuvo usted esta noche tanto como deseo saber dónde estuvo *miss* O’Hara,

¿entiende? Eso o le obligaré a venir conmigo al precinto.

Dereck extrajo el paquete de cigarrillos y encendió uno antes de contestar:

—No le entiendo a usted, teniente —miró a Foster, que permanecía junto a la puerta, atento a cualquier movimiento suyo, y añadió—: No, si no se explica. Son las doce treinta de la noche y se atreve a invadir mi apartamento con la pretensión de que yo le cuente cosas de mi vida privada, sin decirme por qué. Vamos, teniente, explíquese, o lárguese al cuerno de una vez.

Mac Harrison se puso en pie y por unos segundos sus ojos chocaron con los de Dereck, que no los desvió.

—¿Dónde está *miss*

O’Hara?

—preguntó con voz fría.

Con no menos seriedad, Dereck contestó:

—Durmiendo. Por lo menos, eso es lo que supongo. ¿Por qué?

—Levántela, que nos vamos. Está acusada formalmente de asesinato en primer grado. ¿Lo entiende usted?

—No, aún no. ¿A quién ha matado Velda, si puedo saberlo?

—Eso se lo diré en el precinto, Dereck. Vamos, ¡despiértela!

Dereck fue a decir algo más, pero la voz de la misma Velda, sonando casi en su misma espalda, le interrumpió:

—No te molestes, cielo —dijo—. El teniente Mac Harrison, como habla con tanto respeto y en tono tan bajo, acaba de despertarme.

Se volvieron a mirarla y por segunda vez desde que ella se encontraba en el apartamento, Mac Harrison perdió el resuello al contemplarla recostada contra el marco de la puerta.

En el acto siguió un extraño silencio entre los cuatro.

CAPÍTULO III

Un silencio largo, pesado...

Un silencio cargado de dinamita que rompió el propio teniente:

—Volvemos a vernos, Velda

O'Hara

—dijo.

—Sí —contestó ella—. Y continúa usted apestando el apartamento, teniente —hizo una ligera pausa y preguntó llena de ironía, mientras le lanzaba al rostro una de sus fáciles y tímidas sonrisas—. ¿Va a detenerme por segunda vez por algo de lo cual no tengo ni la menor idea, teniente?

—Vístase que es así, Velda.

—Para usted, teniente, y con ésta son varias veces las que se lo he dicho en el transcurso de nuestro común conocimiento, me llamo *miss*

O'Hara.

Recuérdelo. Y ahora, una vez aclarado este punto, ¿quiere decirme de qué se me acusa? Según he oído, de asesinato. ¿No es así, teniente?

—Exactamente. Vamos, vístase, que nos vamos.

Velda no se movió de la puerta.

No miró tampoco a Dereck, pero sí desvió los ojos hacia Foster y entonces preguntó:

—¿Usted también comparte los pensamientos del teniente, Foster?

El aludido no contestó.

Continuaba en la puerta del *living*, atento y vigilante, mirándoles alternativamente, tal vez preguntándose en qué pararía todo aquello.

Fue el propio Mac Harrison quien rompió el silencio encarando a

Dereck.

—Será mejor que la mande obedecer, pesquisa —dijo—, si no quiere que le acuse de complicidad en un asesinato.

La respuesta de Dereck, fue:

—Creo, teniente, que debe decirnos a quién ha matado Velda esta noche, ¿no?

Ante el estupor de los dos, y a punto de perder la paciencia, Mac Harrison contestó:

—A una pelirroja no identificada, Dereck. A una mujer que se encontraba en el apartamento de ese trompetista, de Hoss Mulligan, el hombre que se suicidó hace poco, sin que sepamos por qué se encontraba allí.

Dereck pensó la respuesta a dar cuando la realidad era muy contraria hasta que replicó:

—Por lo visto, teniente, valiéndose del rencor que siempre le guardó a Velda, usted la acusa de ello, ¿verdad? ¿Por qué?

Mirándole de pies a cabeza, con una sonrisa de triunfo en los ojos y en la boca, Mac Harrison replicó:

—Miss

O'Hara

estuvo allí. Tenemos en el precinto sus huellas digitales. Sus huellas, Dereck. Y ahora, procure demostrar que usted no está complicado con esto. Le tengo ganas, pesquisa, y si puedo, con esto, voy a hacer que pierda la licencia y que le expulsen de Nueva York. Vamos, díglele que se vista, que nos vamos.

Dereck pensó rápidamente.

—De acuerdo, teniente —respondió—. Velda va a ir con usted. Pero piense una cosa: Si resulta inocente al final, ya que hoy no se ha movido de mi lado como le dije, lo va usted a pasar mal, pues seré yo el que no pararé hasta que consiga que le quiten la placa y le expulsen de la policía. Eso es todo.

Se volvió hacia Velda y le hizo una seña, lo que motivó que ella, sin protestar, y dedicándole una de sus sonrisas, en exclusiva, diera media vuelta y desapareciera en el interior del dormitorio.

Apenas lo hubo hecho, Dereck se encaminó al frigorífico y se preparó un *whisky*.

Empezó a beberlo pensando en que Velda, por no hacerle caso, se había metido en un lío de mil demonios y del cual, él,

particularmente él, le iba a costar mucho sacarla.

Mediaba en ello, como ya se ha dicho, cuando sus pensamientos los rompió la voz del teniente Mac Harrison:

—Ahora, escuche una cosa, Dereck; no quiero verle meter las narices en esto, ¿comprende?

Despaciosamente, Dereck depositó el vaso sobre la mesita que tenía a su lado y le miró.

A continuación, las palabras brotaron como disparos por entre sus apretados dientes:

—Voy a hacerlo, a pesar de usted y de toda la policía de Nueva York, teniente. Métase esto en la cabeza y deténgame a mí también, si es que puede. Velda es y será cosa mía mientras yo viva. Por tanto, voy a meterme en esto hasta el cuello y voy a levantar tanto polvo que algunos lo van a sentir.

—¿Es una amenaza, fisgón?

Dereck tomó el vaso, bebió hasta mediarlo, y luego le enfrentó mientras se le acercaba ante la mirada atenta y siempre expectante del sargento Foster.

Casi rozándole, masculó:

—Mi nombre es John Dereck, polizonte. Lo sabía ya, ¿no? Pues entonces llámeme así o en caso contrario, faltando, yo le puedo sobrar a cualquiera. Por otra parte, le diré que no es pregunta, sino afirmación, ya que mis palabras anteriores constituyen una amenaza. Si Velda es inocente, que lo es ya que no se separó de mí en todo el día, le hundiré a usted, Mac Harrison. ¡Palabra!

La sonrisa que Mac Harrison le dedicó le desató los nervios, pero se contuvo mediante un esfuerzo de voluntad que hizo que su amplia frente se perlara de sudor.

Bebió un poco sin que nadie pronunciara una sola palabra.

Volvió a beber hasta terminar con el contenido del vaso sin que Velda hubiera hecho acto de presencia.

Y fue al depositarlo sobre la mesita cuando Mac Harrison exclamó:

—Estamos perdiendo mucho tiempo, Dereck. Vamos, entre y dígle a la chica que se apresure o entraré yo.

Dereck le miró de pies a cabeza.

—Inténtelo, teniente, y a pesar del sargento Foster..., sabrá lo que es una verdadera batalla en un recinto como éste.

La mano de Mac Harrison estaba muy cerca de la funda de la axila cuando contestó:

—Tiene un minuto para decidirse, Dereck.

Sin replicar, sin pronunciar una sola palabra, pero mirándole de pies a cabeza, dio media vuelta y se acercó a la puerta del dormitorio.

Llamó con los nudillos.

El silencio más absoluto fue la respuesta que obtuvo a su llamada.

Lo hizo por segunda vez.

Hubo una tercera y tal vez hubiera habido una cuarta, pero el teniente Mac Harrison sujetándole por el brazo, le interrumpió:

—Vamos, Dereck —dijo—, abra esa puerta.

Sin dejar de mirarle, lo hizo, abriéndola de un violento empujón.

La cama estaba intacta, lo que a los ojos de Mac Harrison probaba de que, a pesar de que Velda se había presentado en combinación, no se había acostado ni mucho menos.

Ahora, esa prenda se encontraba sobre el lecho, colocada de cualquier modo y Velda brillaba por su ausencia. Detrás, en el otro extremo del dormitorio, una ventana abierta era el mudo testigo de su marcha.

Mac Harrison maldijo secamente y empujando a Dereck corrió hacia la misma. La cruzó y ya en la escalerilla de incendios, miró hacia abajo.

El intenso tráfico, ciento cincuenta yardas más abajo, las luces de la calle 16, los letreros luminosos, el río humano de gente, a pesar de la hora, se le ofreció ante sus ojos, yendo de un lado para otro, igual que hormigas en un inmenso hormiguero.

Con el rostro crispado en una mueca, se volvió mirando a Dereck.

—Vamos —dijo fríamente.

—¿Dónde?

—Al precinto, Dereck. Deseo hacerle unas cuantas preguntas.

Dereck sonrió, pero su sonrisa pecaba de dura.

—¿Detenido, Mac Harrison? —preguntó.

—Sí. Eso como primera providencia.

Siguió una ligera pausa.

—¿Acusado de qué, teniente?

—De complicidad en un asesinato y en la fuga del asesino. Vamos, deme su pistola.

Dereck introdujo la mano en la funda de la axila justo en el momento en que el sargento Foster le apuntaba con la «Colt» automática, calibre 45, que extrajo del mismo lugar.

—¡Cuidado, Dereck! —dijo—. Cuidado, o le vuelo los sesos.

—Cosa que le gustaría en extremo, ¿no, polizonte?

Foster ni siquiera se dignó replicar.

Mac Harrison tampoco. Se limitó a tomar la «Magnum» y guardársela en el bolsillo. Luego cogió a Dereck del brazo y tiró de él hasta la calle.

Media hora más tarde alcanzaban el precinto y Dereck fue introducido en el despacho de Mac Harrison. Apenas lo hubo hecho, éste encaró a Foster, diciendo:

—Sal fuera. Mister Dereck y yo tenemos que hablar.

Mirándole un tanto sorprendido, pero sin pronunciar palabra, Foster les dejó solos y durante unos cuantos segundos ninguno de los dos pronunció palabra, hasta que el propio Mac Harrison lo hizo con una invitación que hizo fruncir el ceño a Dereck.

—Siéntese.

Lo hizo sin dejar de mirarle y a continuación esperó a que hablara como así ocurrió antes de los cinco segundos siguientes:

—Ahora que estamos solos, Dereck, ¿por qué no me dice la verdad de lo sucedido? Sé que *miss*

O'Hara

estuvo en la casa de Hoss Mulligan.

—¿Sí...? ¿Y cómo lo supo?

La sonrisa de Mac Harrison era dura cuando contestó:

—Recibimos un aviso telefónico diciéndonos que algo acababa de ocurrir allí. Hablaron de una mujer, dando su descripción. Fuimos y había una muerta. Un asesinato. Se encontró el arma sin una sola huella digital, Dereck, lo que hace presumir que el asesino, en este caso *miss*

O'Hara,

limpió la automática luego de disparar contra la pelirroja, o usó guantes. Y sé que fue ella. En el botón del zumbador de la puerta encontramos la huella de su pulgar. Ahora, y por última vez, Dereck, ¿qué sabe de todo esto?

Dereck respiró fuerte.

—Nada, teniente —contestó.

El rostro de Mac Harrison se nubló.

—No me gustaría tener que detenerle, pesquisa —dijo con voz fría—. ¿A qué fue su amante a casa de Mulligan?

Dereck volvió a respirar, más fuerte aún, y preguntó suavemente:

—No perdona un fracaso, teniente. Ni lo perdona ni lo olvida, ¿verdad?

Hubo una larga pausa entre los dos, que rompió Mac Harrison.

—¿Es que no se da cuenta de que es eso lo que estoy intentando hacer? —se interrumpió unos segundos y añadió en vista de que Dereck callaba—. Escuche, pesquisa del diablo; sé que ella estuvo allí por algo que aún no me entra en la cabeza. ¿Matar a la pelirroja? Bueno, eso es algo que aún hay que probar, ¿no? Por tanto, cuéntemelo todo o... —Miró al teléfono instalado sobre su mesa y añadió—: O no voy a tener más remedio que empezar a dar órdenes por ahí, y usted ya sabe lo que supondrá para la chica, ¿verdad? No encontrará un solo rincón en todo Nueva York, ni en todo el estado, donde pueda estar segura. ¡Hable, Dereck!

Dereck respiró hondo.

Sabía por experiencia lo que significaba para un hombre ser buscado por toda la policía del país y por tanto tampoco ignoraba lo que supondría para Velda, una mujer que ya tenía prontuario policiaco.

Miró fijamente al teniente Mac Harrison y se decidió, pero contando las cosas a su modo, omitiendo los detalles más esenciales de su relato y que para el futuro pudieran interesarle a él mismo:

—La cosa para Velda empezó cuando leyó en el *Mirror* que un tal Hoss Mulligan, el hombre de la trompeta de plata, como le llamaban en cualquier parte donde le conocían, incluyendo, claro está, sus *fans*, se había suicidado.

Dereck hizo una pausa que Mac Harrison, retrepado contra el respaldo del sillón donde se sentaba, rompió, apremiándole:

—Continúe, Dereck. ¿Qué es lo que le preocupa de la noticia?

—¿A quién? ¿A Velda? Ella... Bueno, Mac Harrison; Velda estaba segura de que Mulligan había sido asesinado.

Sin poderlo evitar, Mac Harrison saltó materialmente sobre el

sillón y acto seguido se puso en pie.

Dereck no se movió.

—Explíqueme eso, pesquisa —pidió.

—A eso iba...

Y continuó hablando durante unos cuantos minutos más, hasta terminar diciendo:

—No obedeció mis órdenes y fue allí. Esa pelirroja dijo ser la esposa de Mulligan. Las dos entraron allí, la golpearon por detrás y cuando recobró el conocimiento, sólo pensó en huir, ya que en la distancia se oían las sirenas de la policía. Yo, en su lugar, también lo hubiera hecho, teniente. Ahora, al ir a buscarla, usted la asustó y...

—¿Espera que le crea, Dereck?

La sonrisa que éste le dedicó le desconcertó por completo.

—No, teniente, nada de eso. Si fuera así, sería tanto como hacerme pensar que es usted una persona inteligente, ¿verdad? No, porque usted jamás cree en las verdades cuando vienen de otra persona que no sea usted mismo.

Calló, esperando sin saber por qué.

Fue poco, muy poco.

Y por segunda vez en pocas horas, Mac Harrison volvió a sorprenderle, cuando dijo:

—Puede irse cuando guste, Dereck.

Con una suave sonrisa en los labios, le devolvió la «Magnum».

Tomándola, iniciando el gesto para guardarla bajo la axila, Dereck se puso en pie y, mirándole fijamente, afirmó:

—Aún no, teniente. No, hasta que por lo menos no me diga lo que yo también quiero saber.

—¿Sí, Dereck...? ¿Y qué es ello?

Dereck dejó transcurrir unos segundos de silencio antes de contestar.

—¿Quién era esa pelirroja, teniente? Me refiero a la que mataron en casa de Mulligan. Y, ¿a qué fue allí?

Siguieron otros tantos segundos de silencio antes de que Mac Harrison replicara:

—Aunque tampoco me crea, Dereck, nadie sabe nada de esa «ye-yé».

Esa pelirroja es completamente desconocida hasta para la propia

mistress Mulligan.

Dereck no pudo reprimir un respingo.

—¿Cómo...?

Igual que si no se hubiera dado cuenta de nada, Mac Harrison contestó:

—Cuando *mistress* Diane Mulligan habló con nosotros, cuando la trajimos para que tratara de identificar a la pelirroja, dijo que jamás la había visto. Interrogada, afirmó que ni la conocía ni sabía para qué había podido ir a su casa.

Dereck tenía una ligera idea de ello, pero se la guardó para sí mismo, y simplemente se limitó a preguntar:

—Entonces, ¿puedo irme?

Mac Harrison le miró suspicaz.

—¿Ya no desea saber nada más, Dereck?

El aludido se limitó a denegar con la cabeza y acto seguido se volvió hacia la puerta con ánimo de salir.

Llegaba a la misma cuando Mac Harrison dijo a su espalda:

—Cuando vea a *miss*

O'Hara,

Dereck, dígame que es mucho mejor para ella que venga a verme.

Dereck se volvió hasta enfrentarle.

—¿Para qué? —preguntó—. ¿Para que la encarcele por segunda vez?

—Dígale lo que le he dicho, muchacho.

Dereck no contestó.

Dio media vuelta, abrió la puerta, cruzó el umbral, acto seguido cerró a su espalda y entonces, al verse solo, Mac Harrison tomó el teléfono.

—John Dereck va a salir ahora mismo del precinto —dijo—. Quiero que...

Dereck alcanzó la calle, tomó un taxi y se hizo conducir al bar de

O'Neil.

Una vez allí, frente a la chica del bikini, y mientras le servían un *whisky*, pensó en Velda.

En Velda y en que a las mujeres siempre les gusta cometer estupideces.

¿Qué le importaba a ella que un

«ye-yé»

más o menos famoso hubiera muerto de tal o cual modo?

CAPÍTULO IV

Bebió en silencio ante la mirada curiosa de O'Neil y acto seguido le enfrentó.

—¿Ha visto a Velda? —preguntó.

O'Neil

arqueó levemente una ceja y se acercó un poco más.

—¡Diablos, mister Dereck! —exclamó—. Siempre me dije que era algo definitivo. No me diga que me equivoque, porque...

—No es por ahí,

O'Neil

—interrumpió Dereck—. Simplemente que quedó citada aquí, conmigo, y por lo que veo, aún no ha venido.

—¿No estará en su apartamento?

Dereck le miró como aquel que baja de una nube y contestó:

—Confieso que no pensé en ello —saltó del taburete al suelo, lanzó una mirada de soslayo a las hermosas piernas de la chica del calendario y añadió—: Voy a telefonar ahora mismo.

Dereck entró en la cabina telefónica y marcó el número.

Con el auricular pegado al oído estuvo escuchando por espacio de varios segundos la señal de llamada, pero nadie respondió a ésta.

De nuevo regreso a la barra y empezó a beber lentamente mientras que frente a él,

O'Neil

le miraba con resto dubitativo, preguntándose qué era lo que le preocupaba al detective con respecto a Velda.

No pudo salir de dudas.

De un modo repentino, Dereck vació el vaso de un solo trago, pagó y acto seguido, sin despedirse, giró sobre sus talones y salió a la calle.

Detrás de la barra del mostrador,

O'Neil

se rascó la nuca y a continuación se acercó a la puerta con objeto de cerrar el establecimiento, mientras Dereck tomaba un taxi dando la dirección de su apartamento.

Velda no se encontraba en él y lo peor era que no sabía dónde encontrarla.

Podía, eso sí llamar a todos los hoteles, uno por uno, hasta dar con ella, cosa que le llevaría infinidad de horas. Tantas, que llegaría al nuevo día sin que tal vez hubiera podido averiguar nada.

Por otra parte, estaba seguro de que el teniente Mac Harrison tendría intervenido el teléfono.

Velda también lo sabría y era un conflicto.

Dereck cruzó el *living*, empujó la puerta del dormitorio, encendió la luz y se dejó caer sobre la cama sumamente pensativo.

Seguro que Velda no cometería la estupidez de telefonear y con el pensamiento puesto en Diane Mullirán y en la hermosa pelirroja que ahora descansaba sobre uno de los cajones de plomo de la Morgue, intentó dormir.

No se equivocó, ya que Velda no telefoneó en toda la noche ni por la mañana.

Tampoco lo hizo en el despacho de la calle 16 durante las horas que permaneció en él, a la espera de cualquier noticia.

Luego, en vista de que lo que esperaba no ocurría, tomó el «Cadillac» y durante un par de horas estuvo yendo de un lado para otro, al parecer sin orden ni concierto, lo que no era realidad, sino todo lo contrario.

La calle Ocho con la *Fifth Avenue*.

Dereck detuvo el coche y miró la numeración.

Acto seguido descendió del mismo, avanzó hasta el 597 y entró en el portal.

Miró la tablilla indicadora.

JESS MAC DONALD-Seguros.

Dereck pulsó el zumbador.

La muchacha que le abrió la puerta era rubia.

Peinada con uno de esos altos peinados a la última moda, vistiendo una escotada blusa y unos cortísimos *shorts* que

mostraban la magnificencia de unas largas y bien torneadas piernas, en su totalidad.

Dereck la miró de pies a cabeza y ahogó un suspiro, tal vez pensando que era una nueva y para él desconocida figura decorativa, si no en bikini, sí en *shorts*, lo que era casi lo mismo.

Una nariz fina, unos labios rojos, sensuales, sin chispa de *rouge*, y unos magníficos ojos verdes, era el complemento de un rostro completamente bello.

Fue ella la que preguntó primero:

—¿Qué desea, mister...?

—Dereck, John Dereck, preciosa —contestó, procurando que su voz sonara completamente normal ante la belleza que tenía delante—. Quiero ver a mister McDonald, si está en casa.

Estaba.

La rubia se lo dijo casi al instante, aunque antes preguntó:

—¿Quiere hacerse un seguro de vida? Si es así, pase, mister Dereck.

Dereck pensó rápidamente y contestó:

—Sí, claro, eso es lo que deseo.

La belleza rubia se apartó de la puerta y al hacerlo Dereck, que no dejaba de mirarla, pensó en un grande y peligroso felino dispuesto a darle un buen disgusto al más osado.

Como mujer, claro.

La rubia le condujo a través de varias puertas hasta un pequeño y coquetón despacho, donde le indicó con un gesto que se sentara, pero Dereck permaneció en pie.

Como la rubia le miraba con gesto interrogativo, respondió a su no formulada pregunta.

—Desde luego, quiero hacerme un seguro de vida, preciosa —dijo—. Pero antes deseo hablar con mister McDonald.

—Para el caso es lo mismo, mister Dereck —replicó ella, que al parecer no olvidaba un nombre con facilidad—. Soy su secretaria y...

—Sí, puede ser lo mismo, y le ruego que me perdone, pero no habrá póliza si no es hablando antes con mister McDonald, muchacha. Vamos, anúncieme, ¿quiere?

Sin replicar, pero mirándole de diferente modo, la rubia salió por una de las puertas, desapareciendo en un santiamén, y dejando

a Dereck pensando en Velda.

En Velda que posiblemente tendría que hacer de secretaria suya en *shorts* y dejar a un lado la minifalda, y con blusa escotada..., aún más de las que solía llevar de vez en cuando.

Estaba seguro de que aquello sería también altamente decorativo.

El regreso de la rubia cortó sus meditaciones cuando éstas eran mucho más agradables.

—Mister McDonald dice que pase usted. Por aquí, por favor.

Dereck prefirió ir detrás, admirando el suave y felino movimiento de sus caderas hasta el momento en que se detuvo frente a una de las puertas.

—Puede pasar, mister Dereck —dijo en tono frío.

Dereck llamó con los nudillos, oyendo casi en el acto la invitación para entrar.

Lo hizo, y mientras avanzaba hacia la gran mesa instalada a un extremo del amplio salón, examinó cuidadosamente al hombre que se sentaba detrás.

De unos cincuenta y cinco años.

Pelo completamente blanco, ojos vivaces y grises, nariz ganchuda que con el puntiagudo mentón le daban cierto aire de ave de rapiña.

Vestía de oscuro, con un traje de irreprochable corte, y no se levantó, aunque sí le tendió la mano, que Dereck estrechó sin reparo alguno, pero pensando en que la salida no sería posiblemente tan cordial como la entrada.

—Siéntese, mister Dereck —y mientras lo hacía, el viejo McDonald añadió—: *Miss* Lancaster, mi secretaria, me habló de que usted deseaba hacerse una póliza de seguros, ¿verdad?

Dereck sonrió como primera respuesta.

—No exactamente —replicó con perfecta calma.

El rostro de McDonald acusó durante unos segundos la sorpresa que aquello le producía, pero aun así, preguntó:

—¿No...? ¿Entonces...?

Dereck dejó transcurrir unos instantes de silencio antes de responder. Conocía bien a los agentes de seguros y sabía cómo tratarles en un caso dado. Por tanto, esperaba que McDonald le entendiera, e incluso se interesara por ello.

Le convenía, ya que eran sus intereses, los intereses de la compañía, los que entraban en juego.

—Verá, mister McDonald, es cierto que no voy a hacerme una póliza de seguros ni nada parecido. El motivo de mi visita aquí se debe a que deseo hacerle unas cuantas preguntas y precisamente sobre una póliza. Sobre los beneficiarios de una póliza...

El viejo McDonald se puso en pie de un salto.

—¡Salga! ¡Salga de aquí inmediatamente, fis...!

Dereck no se movió, pero se apresuró a interrumpirle:

—¿No me escucharía si le dijera que su compañía va a sufrir un fraude de doscientos cincuenta mil dólares?

McDonald abrió la boca, aspiró una bocanada de aire y luego la soltó de golpe, mientras que la sangre afluyó violentamente a su rostro.

Mirándole, Dereck se dio cuenta de que hacía esfuerzos por controlarse, cosa que consiguió antes del minuto siguiente. Entonces habló, y lo hizo con la voz enormemente ronca:

—¿Un fraude? ¿Una estafa...? —preguntó.

—Sí, y por eso estoy aquí. Deseo evitarlo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Qué pruebas tiene de eso? Hable, convénzame, o de lo contrario avisaré a la policía para que...

Dereck hizo un gesto con la mano y el agente de seguros se interrumpió.

—¿Pruebas...? Creo que las tengo, mister McDonald. La primera es el asesinato de una pelirroja en la casa de Hoss Mulligan. La segunda es la desaparición de mi secretaria, la cual afirma que Hoss Mulligan, a pesar del informe del forense, de los datos de la policía y de todo cuanto han dicho los periódicos estos últimos días, no se suicidó, sino que fue asesinado.

—¿Qué diablos está usted tratando de...?

—Si me deja, me explicaré —interrumpió Dereck.

Un nuevo silencio reinó entre los dos, que rompió el propio McDonald con una sola palabra:

—¡Hable!

Dereck sacó el paquete de cigarrillos le dio uno que el otro encendió y acto seguido tomó la palabra:

—Me será más fácil si usted me ayuda, mister McDonald —dijo.

—¿Cómo?

—Simplemente, contestando a mis preguntas.

McDonald le miró atentamente y contestó:

—De acuerdo, usted hable. Pero antes, dígame quién es. Mi secretaria dijo que se llamaba John Dereck, pero nada más.

Sin replicar, Dereck extrajo su cartera y de ella una de sus tarjetas. El viejo McDonald la miró y acto seguido clavó sus ojos en él.

—Un pesquisa, ¿no...? Bien, hable, le escucho, pero antes debo decirle una cosa, aun siendo verdad lo que usted afirma, no voy a darle un solo centavo, ¿entiende?

La sonrisa de Dereck se volvió repentinamente seria.

—No se preocupe por eso, mister McDonald —contestó fríamente—. Estoy acostumbrado a tratar con toda clase de usureros. Por otra parte, a mí no me importa que sus dólares se los lleve el diablo. Mi interés se basa en otra cosa. En la desaparición de mi secretaria.

La respuesta de McDonald fue:

—Creo que estamos perdiendo mucho tiempo, ¿no?

—Sí, es cierto —hizo una ligera pausa y disparó la primera pregunta—: Mulligan vino aquí e hizo una póliza de seguros, ¿verdad? ¿Quién es su beneficiario?

—Naturalmente, su esposa, *mistress* Diane Mulligan.

—¿Hace mucho tiempo que se hizo la póliza?

Por toda respuesta, McDonald alargó la mano y pulsó un botón rojo que había sobre el tablero de la mesa.

Unos segundos después, la puerta se abrió enmarcando en el umbral los cortísimos *shorts* y la escotada blusa y dentro de todo, la explosiva figura de la secretaria.

—Tráigame el expediente de mister Mulligan —dijo.

Ella asintió en silencio y se fue.

Al quedar solos, Dereck aprovechó el tiempo para hacer otra pregunta:

—¿Cómo es en realidad *mistress* Mulligan, señor MacDonald?

El gesto de éste se volvió suspicaz.

—Una muchacha muy hermosa. Una

«ye-yé»

de la última ola, si me entiende —contestó—, y por tanto, con la cabeza a pájaros. Se lo digo porque sé que de un modo u otro lo

averiguará usted. Le gustan todos y Hoss Mulligan lo sabía.

Dereck le miró con sorpresa.

—¿Y a pesar de eso...?

—Sorprendente, ¿verdad? Pues ha sido así. Mulligan estaba ciego por ella, cosa que explica lo otro, ¿no?

Dereck asintió en silencio y acto seguido replicó:

—¿Alguno en particular?

—No, creo que no; pero eso nunca se sabe.

La respuesta que Dereck iba a dar la rompió la secretaria.

Sin pronunciar palabra, depositó los papeles sobre la mesa, frente a McDonald, dio media vuelta y acto seguido fue a la puerta.

Los ojos de Dereck fueron a sus piernas y una vez más pensó en Velda y en figuras más o menos decorativas. Luego, cuando la cerró a su espalda, los volvió a McDonald y esperó:

—Esa póliza se hizo hace unos cuatro meses, mister Dereck. ¿Le dice a usted algo?

Podía decir muchas cosas, como ninguna.

Esto lo pensó Dereck cuando ya se estaba poniendo en pie.

Con los ojos llenos de asombro, McDonald le imitó, para preguntar en el acto, y mirándole fijamente:

—¿Eso era todo?

Dereck sonrió.

—No, no es todo, pero lo que resta, no me lo puede aclarar usted.

Le tendió la mano. McDonald se la estrechó abiertamente y acto seguido, con un saludo, giró hacia la puerta.

Ponía la mano sobre el tirador cuando el agente de seguros le llamó:

—Un momento, mister Dereck —dijo.

Se volvió, pero no avanzó hacia él. Tampoco pronunció una sola palabra. Simplemente, igual que en todo momento, esperó.

McDonald rompió el silencio con una pregunta que casi le hizo dar un salto:

—Usted es el detective que descubrió la suplantación de un cadáver en la persona de *mistress* Alice Corroton, ¿verdad?

Dereck respondió con el pensamiento puesto en Central Park y en Velda:

—Sí.

McDonald quedó unos segundos pensativo.

—Lo leí en la Prensa —dijo, después.

Hizo una larga pausa sin que Dereck le interrumpiera y volvió a sorprenderle cuando preguntó:

—¿Quiere trabajar para mí?

Dereck arqueó una ceja antes de responder con otra pregunta.

—¿Qué le ha hecho cambiar de pensamiento, mister McDonald?

Éste le sonrió.

—Usted, lo hablado entre usted y yo. Los doscientos cincuenta mil dólares. Es mucho, incluso demasiado, para pagar a un asesino, ¿no?

Dereck le devolvió la sonrisa.

—Sí, eso creo yo —contestó—. Y, ¿qué quiere que yo haga?

—Que descubra la verdad sobre el caso Mulligan.

Dereck sonrió por segunda vez, ahora un poco burlesco.

—Puedo intentarlo —replicó—, y es posible, también, que al hacerlo descubra que *mistress* Diane Mulligan, a pesar de su afición a los hombres, no tenga nada que ver con la muerte de su marido. Ni siquiera sabemos si verdaderamente le mataron o se suicidó como dijo la policía. Si es así, ¿dónde nos deja esto? Usted tendría que pagar, ¿no?

—Sé todo eso, mister Dereck, y continúo pensando igual. Es la verdad lo que deseo saber. Eso es todo. ¿Acepta?

Dereck tardó en salir de allí una maldita hora y al despedirse, lanzó un beso con la punta de los dedos a la rubia secretaria, que lo devolvió del mismo modo, sonriéndole:

Alcanzó la calle, subió al «Cadillac», y se alejó velozmente.

CAPÍTULO V

Después de la sonrisa siguieron unos segundos de silencio entre los dos, que rompió el propio Dereck.

—¿El hombre de la trompeta de plata?... ¿Qué diablos estás tratando de darme a entender, Velda, querida?

Ella no respondió en unos segundos en el transcurso de los cuales fumó en silencio, mirándole con aire pensativo, y cuando lo hizo, fue en tono marcadamente burlón:

—¡Pero, John! ¿Es que nunca lees los periódicos? Pero si Hoss Mulligan aparece uno o dos días a la semana en los mismos, y también en primera plana.

—Bien, Velda, no digo que no. ¿Pero qué tiene eso que ver con las trompetas y con ese supuesto crimen? —Hizo una ligera pausa sin que ella intentara interrumpirle y preguntó—: ¿Has leído la declaración del forense y del teniente Mac Harrison?

—Sí, lo he leído —respondió con voz oscura y entonces, Dereck, al oírla, supo que el desagradable recuerdo que ella tenía del teniente aún no se había borrado de su mente—. Sí, lo leí, pero eso no quita que yo tenga mis ideas particulares al respecto.

Dereck rió suavemente.

—¡Diablos, Velda! —dijo—. ¿Se puede saber quién es aquí el detective?

—Tú, cuando no tienes telarañas en los ojos, querido. A Hoss Mulligan le han asesinado. Ésa es la verdad.

Dereck tomó un sorbo de café mientras ella le miraba intensamente a través de sus largas y rizadas pestañas, procurando hacer acopio de paciencia.

Cuando creyó haberlo conseguido preguntó:

—¿En qué te basas para ello, muchacha?

La respuesta de Velda le desconcertó un tanto:

—En nada concreto si he de decirte la verdad, John. Es decir,

sólo en un hecho, pero que en realidad no sirve para nada. Verás, conocí a Mulligan hace un par de meses. Fue algo accidental, hablamos un poco. Me invitó a la «boite» donde tocaba y fui. Bailamos un poco entre un sinfín de «ye-yés»

que se vuelven locos por su música y por su trompeta y... y me besó, ¿sabes? Una vez... y ya no volví por allí. No me gustó. Y te aseguro una cosa, querido; si en este mundo había alguien incapaz de atentar contra su vida, esa persona es precisamente Hoss Mulligan.

—¿Y sólo en eso fundas una acusación como ésa, Velda, preciosa?

Le sonrió.

—¡Claro! Nada más que en eso, y para mí es suficiente, y a pesar de lo que diga el teniente Mac Harrison y toda la Metropolitana junta, John.

Al nombrar de nuevo a la policía, Velda hizo un gesto como el que se traga algo amargo y añadió:

—A pesar de ellos, querido, y aunque tú me llames estúpida.

Dereck fumó en silencio hasta apurar el casi consumido cigarrillo y luego aplastó la punta del mismo contra el cenicero hasta apagarlo por completo.

Entonces levantó los ojos y la miró.

Los inmensos y negros de ella quedaron prendidos en los suyos y no los apartó cuando Dereck formuló una nueva pregunta:

—¿Y qué hay de esa trompeta, Velda?

—¡Pero, John! ¿Es que eres tonto, querido? La trompeta... es o era para Mulligan lo que para ti la licencia de detective privado, ¿comprendes? El... no podía vivir sin ella ni sus «fans». Y esa trompeta de plata, que ganó en un concurso el verano pasado es el motivo de que un día sí y otro no, aparezca en los diarios de Nueva York. Su trompeta y nada más que su trompeta... y los dólares que ésta le da. Era... un tipo divertido, alegre y melenudo... y un fresco, pero simpático a pesar que a mí no me gustaron sus métodos cuando intentó seducirme. ¡Y ahora fíjate bien! Según el diario que tienes en la mano, Mulligan tocó en la «boite» anoche mismo y luego se fue de fiesta por ahí en unión de unos amigos... para suicidarse poco más tarde. ¡Eso es completamente absurdo, John,

mi amor! ¿O acaso crees que me equivoco? Si es así, dímelo, aunque de antemano te prevengo que no vas a convencerme.

Dereck no lo intentó siquiera.

Sabía que era inútil, y por tanto preguntó:

—Visto de ese modo, Velda... Bueno, después de todas tus explicaciones, ¿a qué nos conduce esto, querida?

—Te lo dije antes, mi amor, al asesinato.

—Pero...

—Estás obtuso este mediodía, John, amor, y no das ni una en el blanco.

—¿Tú sí? —preguntó Dereck burlonamente.

—Claro...

—Pero, Velda, querida, sus huellas están en el arma, hay pólvora en sus dedos y en su cabeza, justo en el lugar donde dicen que se pegó el tiro, ¿no es así? Todo, todo, está en contra de esa descabellada suposición tuya. Y siendo así, ¿qué más quieres aún, muchacha?

Ella se puso en pie y Dereck la imitó.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Velda asintió en silencio.

Veinte minutos les llevó trasladarse al despacho.

Ya frente a frente, mirándola, sentada ahora sobre el pico de la mesa, mostrándole las maravillas de sus piernas envueltas en nylon, Dereck preguntó:

—Te diste por vencida, ¿verdad?

De nuevo floreció en sus labios una de sus sempiternas y bonitas sonrisas llenas de timidez.

—¡Claro que no, amor! Ni mucho menos. Tú... puedes pensar lo que te venga en gana lo mismo que...

—Pero...

Ella levantó una de sus finas manos y le interrumpió:

—Déjate de peros, John —dijo—, y no me preguntes tampoco cómo lo han hecho, pero en contra de toda lógica, cada vez estoy más segura de que fue asesinato. Ningún hombre tan joven como ése, teniéndolo todo incluso dentro del elemento femenino se suicida así porque sí. ¡Diablos, John! ¡Pero si hay algunas crías en esa «boite» que tienen incluso mejores piernas que yo!

Y se las miró exactamente como si se las viera por primera vez.

Al terminar con el concienzudo examen de sus bellas largas y hermosas extremidades se dejó caer del pico de la mesa al suelo con lo que el espectáculo perdió todo interés para Dereck y se le acercó mimosa echándole los brazos al cuello.

—¡Oh, John, querido!...

Dereck la atrajo contra su pecho.

Y fue entonces cuando preguntó con la voz un tanto incoherente:

—¿Por qué no me... de... jas que... investigue esto, John, querido? Yo puedo tratar de...

Dereck la interrumpió.

—Creí que ya habíamos hecho punto final, Velda —dijo haciendo una ligera pausa tras la cual añadió—: Donde estás haciendo falta es detrás de tu mesa, con tu máquina de escribir, querida. ¿O es que se te olvidó que hay bastante trabajo atrasado?

Velda le guiñó un ojo, le saludó burlona y contestó:

—De acuerdo, pesquisa, ya me voy.

Antes de que Dereck pudiera decir nada, dio media vuelta y desapareció por la puerta que daba acceso a su pequeño, pero coquetón despachito, en tanto que él la seguía con la vista haciéndose mentalmente un sinfín de preguntas.

¡Diablos con Velda!

Era muy capaz de meterse en un lío sin pensar para nada en el teniente Mac Harrison.

Sin tener en cuenta que hay cosas que no se olvidan lo mismo que ella tampoco las olvidaba.

Era muy capaz de...

Pero ¿por qué? ¿Quién le había metido la idea bajo su bonita pelambrera?

Desde luego nadie, como no fuera ella misma.

El repentino tecleo de la máquina de escribir de Velda interrumpió el hilo de sus pensamientos para encauzarlos por otros derroteros que en realidad, en el fondo, eran los mismos.

No, no se lamentaba, no sentiría nunca el haberla encontrado aquel atardecer en Central Park.

Hay cosas, había cosas, como ya había pensado con anterioridad, que no se olvidaban jamás y su encuentro con Velda O'Hara era una de ellas.

Dereck abrid el cajón central de la mesa despacho y sacó una botella de *whisky* consciente de que había recuerdos que merecían celebrarse siempre.

Lo mismo que cuando vio por primera vez el «bikini» de la chica del calendario en el bar de O'Nell.

Bebió directamente de la misma sin dignarse levantarse del sillón para ir en busca de un vaso.

Cuando terminó volvió a guardarla, extrajo del bolsillo el arrugado paquete de cigarrillos, encendió uno, puso los pies sobre el tablero de la mesa y entrecerrando los ojos dejando que el cigarrillo le colgara materialmente de la comisura de la boca se dedicó a pensar, y ahora no lo hizo en Velda y mucho menos en la chica del calendario del bar, tal vez porque él podía permitirse el lujo, como ya pensara otras veces, de tener una secretaria en «bikini», si así lo deseaba.

Pero sólo ahora, después de haber conocido a Velda.

Era ya bastante tarde cuando se puso en pie, se desperezó, se colocó la corbata en su sitio y más por costumbre que por otra cosa examinó la «Magnum» calibre 38 antes de guardarla en la funda de la axila y a continuación abrió la puerta del despachito de Velda.

Sin querer mirar mucho bajo la mesa donde ella, cabalgando una pierna sobre la otra con perfecta naturalidad, mostraba gran parte de las mismas, Dereck replicó a la pregunta que leyó en sus ojos antes de que Velda la formulara de viva voz:

—Voy a dar una vuelta por aquí, monina —dijo.

Velda le miró dubitativa durante contados segundos, y preguntó:

—¿Rubia o morena, John?

Dereck arqueó una ceja.

—Ni lo uno ni lo otro, muchacha —contestó—. Se trata de una pelirroja que... Bueno, amor mío, es mejor callar, ¿comprendes?, ya que algunas descripciones de belleza no son aptas para damas.

Velda se puso en pie y rodeó la mesa.

—¿La conozco yo, querido? —preguntó con voz aterciopelada.

—No. Y ésta es una... pongamos que es una nueva adquisición y en exclusiva, ¿comprendes, querida?

La tímida sonrisa de siempre floreció por entre sus adorables labios cuando respondió:

—¡Oh, John, querido! ¿Por qué no me la presentas? —Hizo una ligera pausa y prosiguió con la voz enormemente suave—: Me gustaría sacarle los ojos, ¿sabes?

Y después de besarla fue ella la que formuló la pregunta de siempre:

—¿Tardarás mucho, John?

—Eso es algo que no sé, muchacha. Depende de lo que me gusten las piernas de esa nueva... adquisición. Fue eso lo que te dije, ¿verdad?

Dando de lado a todo aquello, Velda respondió seriamente:

—Te estaré esperando, querido.

Dereck la besó de nuevo, ahora fugazmente y salió a la calle.

Apenas cerró la puerta a su espalda, Velda se acercó a la ventana donde permaneció hasta que le vio subir al «Cadillac» y perderse Calle 16 arriba, por entre el intenso tráfico de aquella hora.

Luego regresó a su mesa, se sentó, cabalgó la pierna derecha sobre la otra, de un modo que de estar Dereck delante hubiera silbado de admiración y tomando uno de los cigarrillos que había en la cigarrera de encima de la mesa, lo encendió.

Pero no estuvo mucho tiempo en aquella postura.

Repentinamente se puso en pie y fue al despacho de Dereck donde tomó el periódico. Lo llevó de nuevo.

Todo lo referente a la muerte, al supuesto suicidio (según ella), de Hoss Mulligan.

Unos minutos más tarde, decidida ya, tomó el teléfono y empezó a discar.

Cuando media hora más tarde cerró el despacho y salió a la calle, sabía ya todo lo que tenía que saber respecto al suicidio de Mulligan, el hombre al que le gustaban las chicas de minifalda y que contaba con las admiradoras por cientos. El

«ye-yé»

que tenía una trompeta de plata.

Y finalmente el único hombre que había logrado besarla después que Dereck, aunque aquella vez la tomó completamente de sorpresa.

Velda detuvo un taxi y dio la dirección.

Al arrancar se retrepó contra el asiento y pensando en lo que diría el propio Dereck si alguna vez llegaba a saber aquello, cerró

los ojos y empezó a pensar en lo que podía ocurrirle si el teniente Mac Harrison descubría lo que iba a hacer porque aquello de la usurpación de perso...

Velda continuó pensando hasta que la voz del taxista la interrumpió:

—Hemos llegado, *miss*...

Washington Square.

Un sitio como otro cualquiera en Nueva York.

Uno de tantos aunque no para Velda ya que en aquel lugar vivía la primera persona a la que iba a ver.

Velda pagó al taxista, dio una buena propina, cruzó la acera y por espacio de varios minutos buscó el número que deseaba.

Allí, un par de casas más abajo.

Velda entró en el portal pensando en que iba a darle una lección a cierto testarudo pesquisa que conocía, muy íntimamente por cierto, y se acercó a la tablilla indicadora.

Hoss Mulligan, sexto piso, letra C., apartamento 48.

No la habían engañado.

El redactor del *Mirror* no le mintió cuando le preguntó por aquellas señas, y tal vez no le hubiera mentido en todo lo demás.

Deseándolo así, Velda avanzó hacia el ascensor y una vez dentro pulsó el botón que lanzaría a la caja metálica hacia el sexto piso.

Ya en el pasillo buscó el apartamento correspondiente a la letra C., número 48 y una vez frente a la misma, sin una sola vacilación, pulsó el zumbador.

Espirió con el oído atento hasta que oyó el suave rumor de unos pasos deslizándose por el pasillo.

Unos segundos más tarde el rumor se apagó y casi en el acto, Velda oyó el ruido de la llave en la cerradura, y a continuación la puerta se abrió.

Era una mujer.

Una pelirroja.

Y Velda, hermosa cien por cien, perdió el aliento cuando la vio.

Con el pensamiento puesto en Dereck, y en lo que éste haría si se enfrentaba con ella, se miró en aquellos ojos verdes que a su vez la asaeteaban de pies a cabeza.

No más alta de lo normal, tenía sobre sí misma tantas cosas que Velda se asombró de ello.

En la estrecha cintura llevaba un amplio cinturón de cuero sujetando la acampanada minifalda tanto o más corta que la suya, que desde un poco más arriba de los largos y bien torneados muslos dejaban ver la perfección de unas piernas desnudas.

Velda estuvo tentada de mirarse las suyas, para hacer comparaciones, y tal vez lo hubiera hecho si en aquel momento la pelirroja no hubiera roto sus pensamientos al hacerle una pregunta:

—Dígame... ¿Qué desea?...

Velda arqueó una de sus finas y elegantes cejas.

—Perdone —musitó—, pero deseo ver a alguien de la familia de mister Hoss Mulligan.

La pelirroja se apartó de la puerta.

—Pase, por favor —dijo—. Yo soy Diane Mulligan.

Velda entró.

Una vez en el interior del *hall*, mirando con disimulo todo aquello, todo lo que allí había, preguntó:

—¿Su hermana?

La pelirroja Diane sonrió.

—Su esposa. Sorprendente, ¿verdad?

Lo era.

Por tanto, Velda se sobresaltó.

Veintitrés años, trompetista y

«ye-yé»,

y por añadidura casado. Era, hasta para ella, incluso demasiado.

Hasta para casarse con una mujer cuatro o cinco años mayor que él ya que según calculaba, Diane Mulligan tendría unos veintisiete a treinta. Pero hay gustos para todo. Por lo menos en relación con Diane y respecto el propio Mulligan.

No replicó a la pregunta de ella porque en aquel momento la pelirroja añadió:

—Bien, *miss*... ¿Qué es lo que desea de mí?

Velda mintió al dar su nombre, tomando como suyo el que primero, le vino a la mente.

—Connie Sheldon, *mistress* Mulligan. Soy inspectora de seguros. Tengo entendido que su esposo tenía una póliza de vida de doscientos cincuenta mil dólares, cuya beneficiaría era usted, *mistress*...

Diane la interrumpió.

—Seguro que es así —replicó—. Hoss estaba muy enamorado de mí. Siendo así, ¿a quién iba a dejarle sus dólares? —La miró largamente sin que Velda hiciera nada por interrumpirla y añadió —: Pero, dígame, ¿por qué la mandan a usted? Con ésta es la segunda visita que recibo de la compañía aseguradora. ¿Es que ocurre algo?

Velda inició una de sus bonitas y tímidas sonrisas y contestó:

—La verdad es que todavía no lo sabemos, *mistress* Mulligan.

—¿No?... ¿Qué quiere decir?

Velda sonrió una vez más.

Tímidamente...

—Verá, *mistress* Mulligan —dijo a continuación—. El inspector que estuvo aquí habló de un salón o de una especie de sala de estar donde mister Mulligan guardaba lo que pudiéramos llamar... sus objetos personales, ¿no? Creo que en su informe dijo que había visto algo extraño, sin especificar el qué. ¿Podría verlo yo también?

Durante unos segundos las dos mujeres se miraron en silencio, como estudiándose mutuamente.

—¿Qué fue, *miss* Sheldon?... ¿Qué fue lo que vio? Usted lo sabe, ¿verdad?

Velda mostró sus blancos dientes en otra sonrisa que ahora no tuvo nada de tímida.

—Ya le dije que no. Mi compañero, mi colega en esto, *mistress* Mulligan, no supo explicarlo satisfactoriamente, y por eso estoy yo aquí. ¿Podemos verlo?

La pelirroja vaciló unos segundos, con tal claridad, que la propia Velda se sorprendió al notarlo.

Pero cuando estaba segura de que iba a negarse a su petición, ella le dio la respuesta sorprendente ya que echaba por tierra, como vulgarmente se dice, todos sus pensamientos.

—Sí, claro. Venga conmigo, por favor.

Atravesaron casi todo el grandioso apartamento hasta que de un modo repentino, Diane se detuvo frente a una de las puertas.

—Aquí es, *miss* Sheldon —dijo.

La empujó mostrándole el paso franco y durante unos segundos Velda vaciló antes de ser la primera para cruzar el umbral.

Lo hizo.

Era un verdadero salón en toda la amplitud de la palabra.

Casi grandioso y con tantas cosas en su interior que Velda experimentó la sensación de encontrarse, así, de pronto, en el interior de un supermercado, o en su defecto, en uno de los grandes bazares de la Quinta Avenida.

Velda empezó a lanzar una rápida ojeada a todo aquello, a la mesa despacho, al cerrado armario, empotrado en la pared, a algunos instrumentos musicales entre ellos varias trompetas, preguntándose ahora, y por primera vez, para qué estaba allí, y qué es lo que demonios iba a buscar en aquel lugar.

¿El modo como Hoss Mulligan había sido asesinado? ¿Pero el hecho no ocurrió en la Gran Central?

¡Absurdo!

¡Completamente absurdo!

Aquella era la palabra que había empleado Dereck y ahora sabía que llevaba razón, y ella estaba cometiendo la tontería de hacerse pasar por una inspectora de seguros para...

¿Para qué?

Ni ella misma lo sabía.

Aquella era la verdad.

Todos incluso el redactor del *Mirror*, cuando hablaron por teléfono, había descartado la posibilidad de un asesinato y ella...

No, a John Derek no le gustaría lo que estaba haciendo.

Volvió a mirar a su alrededor con una extraña sonrisa mientras que se decía a sí misma que debía de continuar aparentando lo que no era, aunque sólo fueran unos cuantos minutos más.

Entonces avanzó unos pasos hacia una mesa adosada a la pared, sobre la cual había un par de guitarras eléctricas y una trompeta que se le antojó de plata. Quizá la misma trompeta que la noche de su muerte tocara Mulligan en la «boite» y en tanto lo hacía se preguntaba quién la habría llevado allí contando con que fuera la misma.

Llegaba junto a la mesa cuando algo se estrelló brutalmente contra su nuca.

Sin un solo gemido, Velda cayó hacia adelante, enterrando el rostro en la espesa alfombra que cubría el suelo, amortiguando un tanto la dureza de su caída.

CAPÍTULO VI

Le recordó a Velda cuando la vio.

Morena y de ojos negros.

En minifalda y en blusa.

Largos muslos, cabellera corta, con flequillo, zapatos de alto tacón y medias de malla color marrón.

Ojos grandes, hermosa y muy joven.

Hoss Mulligan, el

«ye-yé»

de la trompeta plateada era joven, de no más de veintitrés años, pero aquella chiquilla lo era más aún, ya que su edad oscilaría entre los dieciocho o los veinte años.

Dereck pensó también en Jess McDonald, el hombre que le había contratado por diez mil dólares más gastos, sólo para que buscara la verdad de un suicidio o de un asesinato.

De la pelirroja que murió asesinada en la casa que acababa de llamar. Eso no le preocupaba ni poco ni mucho a mister McDonald, pero a él sí, Y era por allí por dónde pensaba indagar.

Piernas largas y hermosas que la minifalda dejaba ver casi en su totalidad.

Todo un sueño de chiquilla.

Con su rostro de ángel. De querubín moreno. Con una boca de labios furiosamente rojos, sensuales, invitadores... Un mentón redondito y dos hoyuelos en las mejillas.

Toda una mujer.

Una mujer soberanamente hermosa, tal y como MacDonald le había dicho.

Dereck interrumpió sus pensamientos cuando ella preguntó después de examinarle de pies a cabeza.

—¿Qué es lo que vende usted, amigo? Le advierto que...

La sonrisa de él le sobresaltó, tal vez por la frialdad que vio en

ella, y casi en el acto oyó sus palabras:

—No vendo nada, preciosa —dijo—. Vengo a hacer preguntas.

A continuación, Diane Mulligan hizo ademán de cerrar la puerta pero el pie de Dereck, situado entre el marco y aquélla, lo impidió:

—¡Oiga...! ¿Pero qué es?

—Se trata de su póliza, *mistress* Mulligan. Mi compañía cree que...

Se interrumpió al ver cómo ella cambiaba de actitud para en el acto abrir completamente la puerta.

—¡Oh, perdone! Pase, por favor.

Calladamente fue detrás hasta el *living*.

Diane se marchaba del apartamento.

Aquello era obvio hasta para el más lerdo. Las maletas, las ropas, alguna que otra prenda femenina, que había diseminadas sobre el cómodo sofá y sobre los sillones, hablaban bien claro de cuáles eran las intenciones de ella.

—Siéntese, por favor.

Dereck lo hizo sin dejar de mirarla de pies a cabeza, por lo que dejaba ver que era bastante o tal vez demasiado, según como se miraran las cosas.

—Y bien, ¿cuándo pagan?

Dereck esbozó una sonrisa tan helada como un témpano y contestó:

—Creo, *mistress* Mulligan, que aún tendrá que esperar cierto tiempo.

—¿Cómo...? —Sus ojos negros centellearon, pero supo dominarse a tiempo—. ¿Ha dicho usted que...?

—Ha oído bien, aunque yo lo lamente, *mistress* Mulligan. Hay...

—Llámeme Diane y, de paso, dígame quién es usted.

Dereck volvió a mirarla de pies a cabeza y la encontró más interesante que la vez anterior.

Y no pensaba ni en Velda ni en la chica del bikini en el bar de O'Neil

cuando llegó a esta conclusión.

—Dereck. John Dereck es mi nombre, querida —dijo—. Soy investigador privado y he sido contratado por mister Jess McDonald para investigar este caso.

Ella le miró largamente, sin pronunciar palabra, hasta que de un

modo repentino preguntó:

—¿Desea beber algo, mister Dereck?

La suavidad de su pregunta, lo pastoso de su voz, le pusieron en guardia hasta que pensó que con una chiquilla como aquella cualquiera podría perder la cabeza, y un poco más.

—*Whisky*, si tiene —contestó—. Por favor.

Se fue asintiendo con la cabeza para regresar al cabo de unos pocos minutos llevando entre las manos un par de altos vasos más que mediados de licor, y con un poco de soda.

Acercó una mesita a Dereck, empujándola con el pie, los depositó sobre la misma y se sentó frente a él, cabalgando sobre la otra una de sus hermosas piernas.

—¿Y bien, mister Dereck? —preguntó—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Mister McDonald aún no lo sabe con seguridad, pero creemos que su esposo no se suicidó.

—¿Qué...?

Estuvo a punto de saltar sobre el sillón, pero logró dominarse mediante un esfuerzo que no pasó desapercibido para Dereck.

—Eso es absurdo, John... —dijo.

—Puede ser, pero me contrataron para tratar de averiguarlo.

Ella parecía dispuesta a dar facilidades, cosa que no esperaba de una

«ye-yé»,

y por tanto, contestó:

—Bien, ¿qué desea saber?

—Todo, Diane. Quiénes componen el conjunto con el cual actuaba su marido, las relaciones que tenían con él y quién descubrió el cadáver. Es bastante, ¿no?

—Sí, pero sencillo —se estremeció—. Del cadáver del pobre Hoss, sólo sé lo que dijeron los periódicos. Que le encontraron tirado entre las vías en la Gran Estación Central, y nada más. Con una horrible pistola automática en la mano y un agujero en la cabeza... Yo..., yo... no sé lo que pensar, John, querido... En cuanto a la lista, ahora mismo se la doy.

Hizo ademán de levantarse, pero Dereck la interrumpió con un gesto.

—Un momento aún preciosa —dijo—. Su marido era aficionado a las mujeres, ¿verdad?

—Sí, claro... Como todo el mundo. Por eso...

—Por favor, espere —interrumpió Dereck—. ¿Recuerda si había alguna en particular? Si es así, ¿quién es ella?

Diane frunció el ceño.

—No. En este momento, no lo recuerdo —hizo una ligera pausa en la que su bonito ceño se desarrugó—. Podía ser..., sí, claro, esa pelirroja que mataron aquí, ¿no? Pero yo..., yo no la conocía. La vi por primera vez en la Morgue, ¿comprende? Y... al parecer buscaba algo aquí, ya que cuando vino el pobre Hoss..., el pobre Hoss. Oiga, John, ¿por qué no viene conmigo a su cuarto de estudio? Tal vez allí puede usted encontrar algo, cualquier cosa que le dé una pista sobre... esa pelirroja, ¿no?

Había respondido tal y como esperaba. El llamado cuarto de estudio podía ser el salón del que Velda le habló, y Dereck tenía interés en visitarlo.

Lo era.

Dereck lo supo apenas entrar, siguiendo las piernas de Diane y sus envolturas de malla y el movimiento de sus caderas. Un movimiento enloquecedor en verdad, que la acampanada minifalda acentuaba aún más.

Siempre llevándole detrás, Diane se acercó a una de las mesitas adosadas a la pared y empezó a señalarle los objetos musicales.

—Esa guitarra, John, se la regaló Brenda Foster... Esa trom...

Fue enumerándolos, yendo de un lado para otro hasta que llegó a una caja de laca japonesa con ribetes de oro. Una caja de buen tamaño. Una caja que muy bien podía servir para guardar una pistola automática o un simple diario.

La miró y Dereck notó cómo sus blancos y redondos hombros, que contrastaban notablemente con el brillo azulado de su pelo, se estremecían.

—Y... Esa caja, John... Esa caja...

Se interrumpió.

Dereck alargó el brazo y la tomó. Antes de abrirla, a juzgar por su peso, supo que estaba vacía.

Se la mostró a Diane.

—¿Qué contenía esa caja? —preguntó.

Ella arqueó una ceja.

—Pues... —vaciló unos segundos y finalmente añadió—: No lo

sé John, y ésa es la verdad.

Ahora el que arqueó las cejas fue Dereck. A continuación, preguntó:

—¿Cómo que no? No me diga que no sabe lo qué.

—¿Cómo que no? No me diga que no sabe lo que contenía una caja que estaba aquí, dentro de su casa, siendo un objeto tan valioso como éste.

Diane le miró pensativa.

—Sí, claro —dijo—, pero sólo lleva razón en parte, John. Cierto que siempre vi esa caja, pero jamás me acerqué ni a tocarla ni a abrirla. A Hoss no le gustaba que nadie, ni yo, anduviera husmeando entre sus cosas de uso personal. Me crea o no, John, querido, le estoy diciendo la verdad. Él nunca me decía nada de sus cosas particulares y yo, por orgullo, tampoco preguntaba —hizo una ligera pausa y añadió—: ¿Qué cree usted que contenía en realidad?

—Una pistola —fue la rápida respuesta que obtuvo de Dereck.

—¿Qué...?

—Una pistola o un diario íntimo —aclaró el detective con perfecta calma y ante el estupor de ella.

—Pero... Nunca supuse que tuviera un diario... o una pistola, John. No obstante, si esto último es así, fue... con la que se suicidó, ¿no?

La sonrisa de Dereck era extraña cuando replicó:

—No. No necesariamente, querida —y ella le sonrió—. Pudo ser su propia arma u otra cualquiera. De eso... ya nos enteraremos por su número, su registro y otras cosas más. Y ahora, si tiene esas listas, démelas, ¿quiere? ¡Ah! También deseo que cada nombre especifique su domicilio.

Diane le miró pensativa.

—Yo... La verdad, es que no sé si...

—¿Por qué? —le interrumpió Dereck.

—Porque, mirando todo esto —y efectivamente, como quisiera corroborar sus palabras, lanzó una mirada circular alrededor y añadió—. Simplemente, me siento desconcertada. Eso es todo.

¿Lo era?

Dereck no lo sabía.

Tampoco sabía qué pensar de todo aquello. ¿Mentía? ¿Decía la verdad? Eso era algo que debía averiguar y no sabía cómo.

—De acuerdo, Diane —fue lo que dijo—. Deme esa lista y ya veré lo que puedo hacer con ella.

Sin que replicara, abandonaron el salón y unos segundos más tarde, ya en el *living*, dijo:

—Siéntese y espéreme aquí, ¿quiere?

Él quería, y así lo hizo hasta que Diane regresó con un blanco papel en las manos, que le entregó en el acto.

Dereck se puso en pie, guardandoselo en el bolsillo sin hacer mayor aprecio del mismo.

Al verlo, Diane preguntó:

—¿Eso es todo, John?

—No. Aún hay algo más —hizo una pausa y añadió—: Creo que mataron a la pelirroja en el salón de donde venimos ahora, ¿verdad?

¿Palideció ella?

Dereck no hubiera podido jurarlo, y mientras se hacía esta pregunta, esperó la respuesta, que tardó bastante en llegar.

—Sí. Por lo menos... eso fue lo que dijo la policía.

—¿La conocía?

Diane abrió mucho los ojos, en señal de sorpresa, y contestó:

—No. Claro que no. ¿O es que no se lo he dicho ya cuando me preguntó allí arriba? ¿O tal vez fue aquí? —Se pasó la mano por el cabello y añadió—: Fui a verla a la Morgue y nada pude decir. No sé qué vino buscando ni sé quién era esa chica, salvo que fuera una de las muchas *fans* de Hoss... o qué sé yo..., ni quién era la mujer que se encontraba con ella cuando la asesinaron.

—¿Había otra mujer? —fingió extrañeza Dereck—. ¿Cómo lo sabe usted, Diane?

—Lo dijo la policía. Una mujer que dejó una sola huella de su pulgar en el zumbador de la puerta de la calle.

Aquello coincidía con lo que Dereck sabía por boca del teniente Mac Harrison. ¿Cuadraría todo lo demás?

Sin lograr responderse categóricamente a la pregunta, Dereck se despidió.

Los ojos de Diane brillaron al acompañarle hacia la puerta. Una vez allí, bajo el umbral, preguntó:

—¿Volveremos a vernos, John?

Él sonrió.

—Sí, claro —dijo—. ¿Por qué no?

Le lanzó un beso con la punta de los dedos y Diane, acercándose, le devolvió la sonrisa.

—¡Oh, no! —exclamó—. Así no, John Dereck.

Y le prendió del cuello empujándose sobre la puntera de sus zapatos de alto tacón con lo que al besarle, Dereck notó que el mundo vacilaba bajo sus pies.

—Así, de este modo..., John —dijo a tropezones cuando se separó de sus brazos—. Del otro... no me gusta...

Dereck no respondió.

Dio media vuelta y sin volver la vista atrás se encaminó al ascensor.

Tres minutos más tarde se encontraba una vez más frente al volante conduciendo hacia el bar de O'Neil.

Entró en él y por primera vez en mucho tiempo no miró a la chica del bikini.

Sus pensamientos eran muy otros.

Tampoco pensaba en Velda.

Ni siquiera en la preciosa

«ye-yé»

que había dejado en su apartamento mirándole con ojos prometedores, como una invitación después de un largo beso.

Con ojos acariciantes...

Pidió un *whisky* tan pronto como

O'Neil

se acercó a su lado, y una vez servido se enfrascó en el estudio de la corta lista que Diane le había dado.

Cinco nombres.

Dos mujeres y tres hombres.

Dos matrimonios y un soltero.

Un compromiso.

Dereck los leyó por el orden con que estaban escritos, mientras que en su mente los pensamientos formaban un amasijo infernal.

- Leslie Barton. —Castaña, muy hermosa, y casada con Jim Barton.
- Brenda Foster. —Un bombón pelirroja, de ojos grandes y

falda corta. Joven. Tanto o más que la propia Leslie. Casada con Elmer Masón.

- Joss McTravis. —Soltero, joven, casi tanto o más que la propia Leslie. Era el único que casi nunca llevaba compañía a la «boite» donde actuaban, tal vez porque no le hacía falta.

Fue Dereck, el propio Dereck, el que hizo las anotaciones pertinentes a la corta lista, basándose en lo que sabía por boca del teniente Mac Harrison y por lo que había podido ver en el comportamiento de Diane Mulligan.

Bebió un poco, depositó el vaso sobre el mostrador, se bajó del taburete y fue a la cabina telefónica.

Discó.

Lo hizo por dos veces, pero Velda no se encontraba ni en el apartamento ni en el despacho.

Sumamente pensativo regresó a la barra, donde terminó con el resto del *whisky*. Luego empuñó el volante y se encaminó directamente hacia la calle Treinta y Dos Oeste, donde vivía el matrimonio Barton.

Poco pudo saber de los dos. Lo mismo que los componentes del resto del conjunto, habían visto la caja de laca cada vez que fueron a la casa de Mulligan, pero no sabían lo que contenía.

¿Una pistola, un diario? Podía ser que fuera así, pero no estaban seguros de nada. Tan sólo coincidieron en una cosa; en que *mistress* Mulligan tenía llena la cabeza de pájaros y en que en varias ocasiones había sido vista indistintamente con algún hombre que otro sin que al parecer aquello le importara mucho a mister Mulligan.

El resto de la tarde, Dereck lo pasó yendo de un lado para otro buscando al matrimonio Masón, pero no les pudo encontrar en parte alguna, así como tampoco a Joss McTravis.

Al trío parecía habérselo tragado la tierra, por lo que regresó a su apartamento.

Llegaba frente al mismo cuando le asaltó una idea. Haciendo caso de aquélla, Dereck continuó adelante con el «Cadillac» y lo estacionó frente a la primera cabina telefónica que le vino al paso.

Aquella tarde discó por segunda vez, y también por segunda vez, los dos teléfonos dieron la llamada por respuesta. Sabiendo ya que

no se equivocaba, Dereck subió al coche y condujo hacia Central Park.

Recordaba un banco, y en éste, una mujer morena.

Velda estaría allí, esperando. ¿Cómo no lo había pensado antes?

No lo sabía.

Detuvo el coche en el mismo sitio que meses atrás, descendió del mismo y avanzó por entre los macizos de flores, plantas y árboles.

Antes de llegar supo que Velda no estaba en el banco, pero sí que se encontraba allí tal vez muerta.

No es que lo supiera con seguridad, pero el blanco coche de la ambulancia, la multitud que lo rodeaba, haciendo comentarios en todos los tonos, el coche del teniente Mac Harrison, los policías de uniforme que luchaban por apartar aquella multitud, se lo dijeron así.

Dereck apresuró el paso, aunque no corrió.

Y encaró al primero cuando alcanzó las filas de curiosos.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —preguntó.

El tipo aquel le miró de pies a cabeza y contestó:

—No lo sé con seguridad, pero dicen que han matado a una mujer. Otros que la han apaleado de una manera harto brutal. Yo...

Dereck ya no escuchó más y empezó a abrirse paso a empujones.

CAPÍTULO VII

—¿Cómo está?

Dereck pronunció la pregunta apenas la enfermera apareció en la puerta de la habitación donde habían trasladado a Velda.

—Aún no ha recobrado el conocimiento, mister Dereck —respondió.

—Quiero verla.

Ella volvió el rostro hacia el silencioso Mac Harrison, como dudando sobre lo que tenía que hacer. El teniente dudó también, por unos segundos, y luego, decidido ya, asintió con un seco movimiento de cabeza.

La enfermera se apartó de la puerta.

—Pase, pero no la moleste, mister Dereck. Y no pronuncie ni una sola palabra.

Dereck no replicó.

Cruzó el umbral y lentamente se acercó a la cama.

Durante varios segundos estuvo contemplando aquel rostro tumefacto, morado, casi irreconocible y luego, de una manera brusca, dio media vuelta y salió al pasillo.

Sin despedirse, sin pronunciar una sola palabra, avanzó hacia el ascensor. Mac Harrison fue detrás y ambos penetraron en el interior del mismo.

Ya en la calle, en la acera, junto al coche policíaco, Mac Harrison invitó:

—Vamos, Dereck, suba.

Él le miró atravesadamente y luego penetró en el interior. Mac Harrison lo hizo a su vez, detrás suyo, y el vehículo se puso en marcha.

Casi en el acto la pregunta brotó en la boca del teniente.

—¿Quién cree que ha hecho esto, Dereck?

La respuesta del detective fue mordaz en extremo:

—Tal vez algún familiar de Hoss Mulligan. Velda le mató, según la Metropolitana, y esto de ahora no es nada más que una venganza, ¿verdad?

Mac Harrison calló por espacio de varios segundos y contestó:

—No crea que no sé lo qué le pasa, Dereck. Y ahora, en vista de lo ocurrido, creo que me contará todo lo que sabe, ¿verdad?

Dereck ladeó el rostro para mirarle.

—Ya le dije en cierta ocasión todo cuanto tenía que decirle, Mac Harrison. Pero ahora tengo que añadir algo más. Voy a matar al cerdo que hizo eso con Velda. Y lo voy a hacer aunque pierda la licencia.

—Usted no lo hará, Dereck. Eso es cuestión de la Metropolitana y...

—¡Ah! ¿Pero es que ya no la creen una asesina? ¿Es que no fue ella la que mató a cierta pelirroja en la casa de los Mulligan?

Mac Harrison dio la callada por respuesta.

Permaneció así por espacio de varios minutos, mientras el coche se deslizaba despacio, ahora por la Quinta Avenida, y replicó:

—Me gustaría hablar seriamente con usted, Dereck.

—¿Sí...? ¿Y no es eso lo que estamos haciendo?

Mac Harrison hizo una mueca y disparó la pregunta:

—¿Cuándo se puso *miss*

O'Hara

en contacto con usted, Dereck?

—¿Cómo?

—Escuche, Dereck —estalló el teniente—. Estoy dándole facilidades y quiero que también me las de a mí. Usted sabía que *miss*

O'Hara

se encontraba en Central Park y por eso fue allí, a buscarla. Ella tuvo que llamarle para que usted lo supiera, ¿no? Vamos, desembuche, ¿qué es lo que le contó? ¿Qué fue lo que averiguó ella?

Había un infinito sarcasmo en su voz cuando contestó.

—¡Cuernos, teniente! No me diga que ahora ya no la cree una asesina porque eso sí que no entra en mi dura cabeza. Y diga; siendo así, ¿qué fue lo que le hizo cambiar de opinión? ¿La paliza que le dieron? ¿O es que quizá ya sabe quién mato a ese

«ye-yé»

de vía estrecha?

Lo mismo que si no le hubiera oído, Mac Harrison contestó:

—¿Qué fue Dereck?

Siguieron unos cuantos segundos de silencio que rompió el propio Dereck:

—Nada, teniente, y aunque no me crea, le estoy diciendo la verdad.

—¿Por qué fue a Central Park?

—Fue allí donde la conocí, Mac Harrison. El mismo día que salió de la cárcel, y supuse que al no encontrarse en nuestro apartamento, estaría allí. Eso es todo.

—¿Espera que crea eso, Dereck?

La respuesta no se hizo esperar.

—No, aunque es la verdad. Usted, teniente, jamás cree en las versiones de nadie. Lo tiene por norma.

Callaron de nuevo, pensativos los dos. Hasta que de un modo repentino, Mac Harrison rompió el silencio.

—Voy a dejarle ir, Dereck —dijo ante el estupor de éste—. Voy a continuar dándole cuerda. Y ojalá no me haya mentido —hizo una ligera pausa y añadió—: Tengo a dos hombres juntos a la puerta de la habitación que ocupa *miss*

O'Hara

en el hospital. Tan pronto como recobre el conocimiento me lo dirán. Y ojalá, como le digo, que su historia coincida con la de usted.

—¿Y si no es así...?

—Le haré pasar un mal rato, Dereck. Usted sabe que puedo hacerlo.

Era verdad.

Podía.

Mac Harrison podía hacer muchas cosas o tal vez ninguna. Eso iba a depender de las circunstancias. Principalmente de la rapidez con que él se moviera en lo sucesivo.

En aquel momento, obedeciendo a una orden de Mac Harrison, el coche empezó a acercarse al bordillo de la acera y fue cuando Dereck se dio cuenta de que el teniente le había llevado a Central Park, justo al lado de su propio coche.

Hizo una pregunta mientras abría la portezuela:

—¿Identificaron el cadáver de la pelirroja?

Mac Harrison le miró con gesto suspicaz.

—Sí, era un

«ye-yé»

que frecuentaba la «boite» donde actuaba Mulligan, y se llamaba Delia Morrison y vivía en...

Acto seguido le dio las señas dejándole perplejo.

Que Mac Harrison le diera facilidades, precisamente a él, era otra de las cosas que no le cabían en la cabeza.

No obstante, dio las gracias y descendió del coche policíaco. Lo último que oyó un segundo antes de que éste se pusiera en marcha, fue:

—Cuídese mucho, Dereck, que le va a hacer falta.

Sin intentar responder, volvió la vista atrás, giró en redondo y se encaminó al «Cadillac».

Se sentó frente al volante, encendió un cigarrillo y se puso a meditar. De resultas de estos pensamientos extrajo del bolsillo el papel que Diana le diera y de nuevo se enfrascó en el estudio del mismo.

Pensaba en Joss McTravis cuando empuñó el volante en dirección a la calle Trece Este, donde vivía el matrimonio Mason.

Estacionó el coche en la acera opuesta, cruzó la calzada y se detuvo frente al número 508. Entró en el portal y de allí al ascensor, pensando en si se encontraría en casa o no.

Lo tomó hasta el decimoquinto piso, y acto seguido se detuvo frente al apartamento 37-A.

Llamó utilizando el zumbador.

Acto seguido oyó un rápido y ágil taconeó y al segundo siguiente la puerta se abrió.

Brenda Foster, ahora Brenda Mason por su matrimonio con un hombre llamado Elmer.

Rubia, joven, de no más de veinte años. Alta, de ojos grandes y oscuros. Hermosa cien por cien.

Estrecha la cintura y suaves y firmes las caderas y las piernas largas, cubiertas con un pantalón, también largo, estrecho sobre los bien torneados muslos y formando campana sobre unos zapatos de

puntera redonda y tacón plano.

Unos zapatos

«ye-yé»

a la última moda, con sus doradas hebillas y todo.

Mirándola, Dereck notó que su respiración se aceleraba. Pero hizo un esfuerzo y logró articular antes de que ella pudiera decir nada:

—*Mistress* Mason, ¿verdad?

Ella le mostró su perfecta dentadura, que brilló cuando sus rojos y sensuales labios se distendieron en una sonrisa.

—Sí. Y supongo que usted es mister John Dereck. Un privado, ¿no?

Dereck soltó un respingo mientras que Brenda se apartaba de la puerta.

—Vamos, pase.

Lo hizo detrás de ella, con los ojos fijos en sus maravillosas caderas, pensando una vez más, por no perder la costumbre, en las figuras decorativas, hasta el *living*.

Entonces ella se detuvo y se volvió para mirarle.

—Puede sentarse si lo desea, mister Dereck —dijo.

Lo hizo y Brenda añadió:

—¿Sorprendido de que sepa su nombre, pesquisa?

—Sí, confieso que sí. ¿Quién le dijo que iba a venir? ¿El teniente Mac Harrison?

—¡Oh, no! Fue una amiga mía. Diane Mulligan. Ella me lo dijo por teléfono.

Se sentó frente a él, cabalgó con desenfado una pierna sobre la otra y el largo pantalón se atirantó a la altura de los no menos largos y perfectos muslos, y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere saber, mister Dereck? Dereck pensó rápidamente. Diane la había puesto en guardia. Eso era obvio para él. Incluso podía haberle dicho las respuestas que tenía que dar a cierta clase de preguntas.

Fue entonces cuando formuló una con la que creyó desconcertarla:

—¿Qué sabe de una muchacha llamada Delia Morrison, *mistress* Masón?

Durante unos segundos el tiempo pareció eternizarse en el

interior del *living*, mientras que Dereck escrutaba el semblante de Brenda, que no se alteró. Y, sin embargo, él hubiera jurado sin esfuerzo alguno que ella se había estremecido un poco.

¿Por qué? ¿Acaso porque aquélla no era la pregunta que esperaba?

—¿Quién es esa muchacha, mister Dereck?

El esbozó una sonrisa.

—Una chica que mataron en el apartamento de su amiga. ¿No oyó hablar de ella?

El hermoso rostro de Brenda se contrajo lo mismo que si su dueña estuviera haciendo un enorme esfuerzo mortal.

—¿Qué tiene que ver esa muchacha en todo esto?

Dereck hizo una mueca.

—¿La conocía, *mistress* Mason? —preguntó calmamente.

Brenda denegó con la cabeza antes de contestar:

—No. No la conocí pero sí oí hablar de ella.

Dereck se interesó en el acto.

—¿A quién?

Ella vaciló durante unos segundos y contestó:

—A Joss. Joss McTravis habló de ella en más de una ocasión.

—¿Amiga suya?

Brenda frunció el ceño.

—Eso no lo sé. Es decir; tampoco estoy segura de que fuera Joss el que hablara de esa chica. Pero ¿cuándo la identificaron? Yo tenía entendido que nadie sabía de...

Dereck hizo un gesto y Brenda se interrumpió. Entonces disparó la pregunta cambiando radicalmente de conversación:

—¿Vio usted alguna vez una caja de laca japonesa en el salón de Mulligan *mistress* Mason?

Brenda arqueó una de sus finas y elegantes cejas.

—Creo... creo que sí, que la vi alguna vez, Dereck —dijo apesando súbitamente todo tratamiento.

—Pero no está segura, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

La sonrisa de Dereck era fría cuando contestó:

—Que nadie está seguro de nada, *mistress* Mason. Y que alguien está mintiendo —hizo una ligera pausa y preguntó—: Apuesto a que tampoco recuerda lo que contenía, ¿verdad? ¿Qué era, un diario?

Ella se puso en pie, pero Dereck no abandonó el sillón que ocupaba.

—Continuó sin saber qué quiere darme a entender —dijo.

—¿No? Pues escuche, *mistress* Mason. Alguien, dentro de esa caja de laca japonesa, pudo tomar la pistola que contenía y con ella asesinar a Mulligan haciendo pasar el crimen por asesinato... o en su defecto Mulligan llevaba un diario, sobre todo entre los «fans», entre los

«ye-yés»,

son bastante indiscretos y quizá hasta mortales para el que los escribe... si en su interior contienen algo que no debe saberse, ¿comprende? Y ahora, ¿sabe lo que contenía...?

La argentina carcajada de Brenda le interrumpió:

—¡Pero, Dereck! ¿Y usted es uno de los más famosos pesquisas de Nueva York? Vamos, hombre, que todo el mundo sabe que Hoss se suicidó. Es posible que la propia Diane sepa el porqué de su suicidio, o puede que no. Eso, amigo mío, no voy a decírselo yo, pero investigue por ahí. Y oiga, ¿quién le metió bajo el sombrero que era un asesinato?

—Nadie, *mistress* Mason. Es una pregunta como otra cualquiera. Una pregunta que se basa en la idea que me he formado de todo cuando, al preguntar a todos los que componían su conjunto, incluyéndola a usted, preciosa, empiezan a padecer amnesia tan pronto como se me ocurre hablar de esa cajita o de otras cosas, relacionadas con el suicidio o asesinato de Hoss Mulligan. Dígame, ¿por qué no recuerda usted tampoco lo que contenía?

Brenda le miró atentamente por espacio de varios segundos y contestó:

—No soy ni su mujer ni su amante, Dereck. Es decir —se corrigió a sí misma—, no fui nada de eso mientras él vivió y si entré en su casa no lo hice con ánimo de husmear entre sus cosas. A Hoss no le gustaba ni que lo hiciera la propia Diane, ¿comprende? —Hizo una ligera pausa y a continuación preguntó—: ¿Satisfecho ahora?

Dereck no contestó, pero formuló otra:

—¿Dónde puedo encontrar a McTravis?

Mirándole un tanto inquisitiva, Brenda contestó:

—Va mucho al *Fígaro*, Dereck, y creía que ya lo sabría sabiendo que ésa era la «boite» donde Hoss actuaba. Está en un subsuelo de...

—Sé dónde está, y gracias —se puso en pie y continuó—: Aún no me ha dicho lo que contenía esa caja de laca japonesa, querida.

—¡Pues claro que no! —Y arqueó una de sus finas y elegantes cejas—. Y creo haberle explicado el motivo. ¿O tal vez no fue así?

—¿Entonces...?

Ella le sonrió, quizá un tanto cansadamente y Dereck se interrumpió:

—No lo sé. No sé lo que contenía, pesquisa —frunció el ceño y continuó—: Y le estoy diciendo la verdad. Ahora bien, quizá mi marido sepa algo. Si es así, le llamaré por teléfono.

Dereck dio las gracias, se despidió de ella y de nuevo se vio frente al volante.

Condujo hasta el centro de la Quinta Avenida y durante el resto de la tarde estuvo recorriendo las tiendas de arte japonés.

Cuando una vez más empuñó el volante, ahora para encaminarse a Broadway, con objeto de buscar a McTravis, sabía algunas cuantas cosas más sobre aquel caso.

Estacionó el coche frente a la escalera que conducía al subsuelo del número 680 del mismo Broadway y se encaminó a la puerta de opaco cristal que tenía frente a sí mismo.

Dereck la cruzó, descendió la escalerilla y miró.

Humo de cigarrillos, música negra, hombres y muchachas vistiendo de manera estrafalaria, pelo largo en ellos y corto en ellas, como las faldas por encima de medio muslo y contorsionándose a los compases del conjunto, como si en colectividad sufrieran un ataque de epilepsia.

No había forma de entenderse allí.

Tampoco iba a intentarlo.

Era un mundo completamente desconocido para él. Un mundo en el que se sentía realmente como era; un perfecto intruso.

Tras una ligera vacilación empezó a cruzar arrimado a la descolorida pared, recto hacia la barra del mostrador situado al frente. Se encaramó en uno de los altos taburetes mientras la música le desgarraba los tímpanos y con el pensamiento puesto en Velda y en que cuando saliera de allí debía ir a verla, procurando hacerse oír y sin querer mirar ni poco ni mucho los gestos y contorsiones de los bailarines, sobre todo los de las muchachas, pidió un *whisky* que le fue servido casi en el acto.

Con el vaso en la mano bebió un poco y a continuación hizo una seña al barman que se le acercó.

—Me llamo John Dereck —dijo— y estoy buscando a McTravis. No le conozco, pero tengo un asunto pendiente con él. ¿Quiere decirme si ha venido esta noche?

El barman le miró con gesto suspicaz, vaciló unos segundos y por fin contestó:

—No, aún no —consultó su reloj de pulsera y añadió—: Pero no creo que tarde, ya que otras noches suele estar aquí a esta hora.

Hizo ademán de apartarse de él y entonces Dereck formuló una nueva pregunta:

—Y Delia Morrison, ¿ha venido?

El barman sufrió un ligero sobresalto, achicó los ojos y respondió:

—Oiga, ¿no cree que por esta noche ya son demasiadas preguntas?

Dereck esbozó una fría sonrisa, levantó el vaso y bebió lentamente.

—Sí, creo que sí —dijo a continuación.

Y ahora sí clavó los ojos en los bailarines.

Pensando.

En Delia, la pelirroja

«ye-yé»

que murió asesinada en el apartamento de Diane. Una muchacha que según las palabras del barman, y lo que pudo deducir de aquéllas, era asidua al local.

Diane Mulligan.

Una viudita joven,

«ye-yé»,

que había perdido a su marido en circunstancias un tanto extrañas.

Diane...

Fue entonces cuando la vio. Entrando del brazo de un tipo con perilla, jersey de cuello alto, amarillo rabioso, rubio, joven, y pantalones acampanados... y el pelo tan largo como el de ella misma.

Dereck se bebió el *whisky* de golpe, porque verla allí, con aquel minivestido, era mucho peor que cuando la vio por primera vez en el interior de su apartamento. Luego les siguió con la vista hasta

que vio cómo ambos iban a sentarse al fondo del local, en una apartada mesa.

Dereck esperó un poco más.

Lo hizo hasta que les hubieron servido un par de «Mahattan's»

con hielo. Entonces depositó una moneda sobre el mostrador, abandonó la barra y se acercó a ellos con la completa seguridad de que el tipo de la perilla y la melena era ni más ni menos que Joss McTravis.

Se detuvo al filo de la mesa y su sombra se proyectó sobre ella. Diane levantó los ojos, se sobresaltó al verle y luego le mostró los dienteillos, menudos e iguales en una sonrisa.

—¡Mister Dereck! —exclamó—. ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo usted por aquí?

Con los ojos fijos en McTravis contestó:

—Suelo venir algunas veces, *mistress* Mulligan.

La sonrisa de Diane se amplió.

—Llámeme Diane, Dereck —dijo—. Me encanta que me llamen así.

Se volvió cara a McTravis, que les miraba con el ceño fruncido, y presentó:

—Mister John Dereck, investigador privado... Mister Dereck, uno de nuestros amigos. De mi esposo y mío. Mister Joss McTravis.

McTravis se puso en pie y le tendió la mano. Dereck se la estrechó, pero no hubo cordialidad alguna en el apretón que se dieron.

CAPÍTULO VIII

Tampoco había amabilidad alguna cuando le invitó.

—Siéntese, mister Dereck. Tomará algo con nosotros.

Sin al parecer darse cuenta de ello, Dereck pidió *whisky* y los tres guardaron silencio hasta que se lo hubieron servido. Y fue el propio McTravis el que lo rompió:

—Y bien, Dereck —dijo—, ¿a qué ha venido esta noche al *Fígaro*? ¿A ver las piernas más o menos hermosas de las «fans» de Hoss o a hablar conmigo?

Instantáneamente Dereck recordó a Velda y a la chica del calendario del bar de

O'Neill,

pero no lo dijo, ya que Diane se encargó de dar la respuesta:

—Mister Dereck dijo que era asiduo al local, Joss. Ya lo oíste, ¿no?

—Lo que no es cierto, Diane. Yo nunca le he visto por aquí. Apuesto a que me estaba buscando y alguien le dijo dónde podría encontrarme. Acierto, ¿verdad, Dereck?

—Digamos que sí. ¿Ahorraríamos tiempo con ello?

El rostro de McTravis se oscureció.

—Ni lo uno ni lo otro, pesquisa —replicó fríamente—. Nada le da derecho a ir detrás mío, y mucho menos a hacerme preguntas.

Dereck sonrió.

—No, desde luego que no —contestó—. Pero tal vez al teniente Mac Harrison del Departamento de Homicidios le interese saber algo sobre las relaciones que le unían a Delia Morrison, una «ye-yé»

que murió asesinada en el apartamento de la otra que le acompaña esta noche. ¿O tal vez prefiera que le hable de cierta caja de laca japonesa y de lo que posiblemente contenía? Mac Harrison también

es aficionado a...

—¡Qué cuernos...!

—¡Joss!

Él se volvió hacia ella y durante unos segundos Dereck vio cómo se miraban fijamente a los ojos, hasta que McTravis dijo:

—Será mejor que no me digas nada por ahora, Diane. Este pesquisa quiere saber algo... Bueno, creo que será preferible contestar a sus impertinencias, por ahora —se volvió a mirar a Dereck y añadió—: ¿De qué hablamos, pesquisa?

—Primero de que mi nombre es John Dereck. Segundo de asesinatos. De dos asesinatos, aunque yo por lo pronto sólo voy a hablar de uno. Del primero. Del primer asesinato y de una caja de laca japonesa.

McTravis, mientras Dereck hacía una pausa para tomar el vaso y llevárselo a los labios, preguntó:

—¿De una caja...? ¿Qué clase de caja...?

Dereck soltó el vaso sobre la mesita y contestó:

—De una sola caja —guardó silencio unos segundos y añadió—: ¿Vio usted la caja de laca japonesa, mister McTravis, alguna de las veces que estuvo en casa de Mulligan?

—Sí, claro, y creo que la hemos visto todos... y con absoluta claridad. ¿Por qué?

Dereck no contestó de momento.

De nuevo meditaba.

Pero ahora sus pensamientos no eran conturbados por una chica más o menos, y en «bikini» o con minifalda.

Hasta que formuló una nueva pregunta:

—¿Qué contenía?

—¡Y yo qué sé! ¿Pero qué diablos tiene que ver...?

Dereck hizo un gesto, interrumpiéndole, y acto seguido repitió:

—¿Qué contenía?

McTravis desvió los ojos hacia Diane, pero ella apartó los suyos fijándolos en las alocadas parejas que continuaban sobre la pista. Por tanto miró de nuevo a Dereck.

—Una pistola —afirmó fríamente—. Una automática «Colt» calibre 45 y que él compró cierto día en una de las armerías de la Quinta Avenida, Dereck.

Dereck hizo una pausa, apuró su *whisky* de un trago y disparó la

siguiente pregunta:

—¿Qué establecimiento, McTravis? Usted lo sabe, ¿verdad?

McTravis se permitió una burlona sonrisa mientras que Diane les observaba ahora, atentamente, y respondió:

—No, Dereck, no lo sé. Quizá... eso se lo pueda decir el matrimonio Barton. Casi estoy por asegurar que la propia Leslie le acompañó a comprarla. Leslie iba con él muchas veces. Incluso por las noches cuando su marido no se encontraba en Nueva York...

No le importaba nada.

Ni la presencia de Diane que se mantenía como ajena a todo aquello, pero sin perderles de vista.

Lanzó una corta carcajada que se cortó en seco cuando Dereck preguntó fríamente:

—Posiblemente sí que fue *mistress* Barton, pero usted pudo saberlo, tomarla de allí y... Bueno, quizá también se enterara a qué había ido a la estación Central y el resto fue fácil, ¿no?

McTravis soltó una maldición, sin respeto alguno por la presencia de Diane, y se puso en pie.

—¡Maldito fis...!

Diane misma le interrumpió:

—Por favor, Joss —dijo—. ¿Quieres sentarte? Vas a llamar la atención.

McTravis miró alrededor y luego se sentó, volviendo el rostro hacia Dereck. Un rostro que se encontraba congestionado por la furia.

—¡Qué... qué diablos coronados...!

La sonrisa de Dereck le interrumpió en seco.

—Nada de diablos ya que la cosa es sencilla, y lo que va a sospechar la policía de todo esto McTravis. Hay una póliza de vida que cobra la viuda. Una viuda que está en buenas relaciones con usted. Nada mejor que cobrar esos dólares después de asesinar a Mulligan y luego embolsárselos. Después... Bueno, todos contentos, ¿no? ¿Eso va a sospechar la policía —repitió—, y eso es lo que pienso yo? ¿Algo en contra?

Lenta, muy lentamente, McTravis se puso en pie y sus siguientes palabras fueron dirigidas a Diane, si bien no perdió ni un solo segundo de vista a Dereck:

—Yo me voy, pequeña —dijo—. Si tú quieres continuar

aguantando impertinencias lo que queda de noche, puedes hacerlo.

Sin esperar su respuesta les volvió groseramente la espalda y se dirigió rápidamente hacia la salida, sin volver ni una sola vez la vista atrás, para ver si Diane le seguía.

No lo hizo, ante el estupor del propio Dereck. Permaneció allí, con los ojos fijos en el vaso, como si de su fondo fuera a recibir el consejo de cómo debía de actuar en aquel momento.

Dereck clavó los suyos en la circular pista de baile.

Pensaba.

En la fuga de McTravis, ya que aquello tenía todas las trazas de serlo. Ni siquiera le había dado tiempo a preguntarle a fondo por Delia.

No, ni siquiera eso.

Volvió los ojos para mirar a Diane, encontrándose con que ella le estaba observando a su vez. Y fue la propia Diane la que preguntó mucho antes de que él tuviera tiempo de decir alguna cosa:

—¿De verdad cree usted eso de mí y de Joss, pesquisa?

Dereck sonrió.

—¿Por qué no, Diane? —preguntó a su vez—. Es usted una muchacha muy hermosa ¿verdad? Una deliciosa chiquilla de ojos grandes y falda corta, muy corta... capaz de hacer perder la cabeza a cualquier hombre, ¿no? Siendo así, nada tiene de extraño que, dejándose guiar por usted, McTravis...

—Siendo así, Dereck —interrumpió ella—, yo tendría que mantener forzosamente con él un «*affaire*», ¿verdad?

—¿Y no es así?

—No, Dereck. No lo es... Eso... fue hace un tiempo... una noche y... Terminó de una vez por todas. Ahora Joss es amigo, pero no hasta ese punto. No hay ninguno. No por ahora... a pesar de que me agradan los hombres. Incluso usted, Dereck, no obstante sus sospechas en mí contra. Pero no es por ese lado. Mi esposo se suicidó y nada más. No se puede ir en contra de la corriente. Si hubo un asesinato fue el de esa muchacha. Por cierto, ¿la identificaron?

Dereck la miró fijamente antes de contestar:

—Sí. Se llamaba Delia Morrison, y de un modo u otro estaba relacionada con su amigo. Quiero decir que...

—Sé lo que quiere decir, Dereck —interrumpió ella secamente—. Pero si es así, ¿qué tiene que ver Joss con...? ¡Oh! Creo que me estoy haciendo un lío —se puso en pie y Dereck la imitó creyendo que ella iba a dar la entrevista por terminada, pero no fue así, ya que Diane rodeó la mesa y se acercó diciendo—: Vamos, John, invítame a bailar o creeré que hoy vino al *Fígaro* con la malvada intención de estropearme la noche.

Dereck no respondió. Ahora el conjunto interpretaba un «blue», más en consonancia con sus gustos, lo que motivó que unos segundos más tarde ambos se encontraran estrechamente unidos bailando en la pista en compañía de varios

«ye-yés»

más.

Bailaron en silencio el «blue» completo y en medio de la pista esperaron a que el conjunto volviera a tocar.

Dereck la enlazó de nuevo y no pensó para nada en Velda, ni siquiera en el «bikini» negro del bar de

O'Neil,

cuando a la tercera vuelta la besó en una de las orejas.

Diane no dijo nada, peroladeó la cabeza y sus labios se encontraron a medio camino lo que motivó que perdieran el compás de la música durante tres o cuatro segundos.

Luego continuaron bailando en silencio y así se les fue parte de la noche, hasta que de un modo repentino Diane le dedicó una sonrisa y dijo:

—Es muy tarde, John, llévame a casa, ¿quieres?

—¿En tu coche?

Ella hizo un delicioso mohín con los labios.

—No, querido —contestó—. Tendrás que llevarme en el tuyo. Vine en el de Joss, y él, ya lo ves, me dejó segura entre tus adorables y fuertes brazos.

Dereck estuvo a punto de mandarla al diablo, se abstuvo de ello y contestó:

—De acuerdo, preciosa, vámonos.

Salieron muy juntos.

Dereck abrió la portezuela del «Cadillac» para dejarla pasar, a continuación se acomodó a su lado y al mirarla, por primera vez admiró la minifalda, luego dio el encendido y puso dirección hacia

el apartamento con la mente hecha un verdadero caos.

Durante el transcurso de aquellas horas en compañía de Diane había creído entrever alguna claridad en todo aquello, pero ésta se convertía en absoluta oscuridad tan pronto como se ponía a pensar.

Llegaban a la calle 16, en el más absoluto silencio, cuando Dereck recordó a Velda, y entonces soltó una tenue interjección.

Casi en el acto oyó la voz de Diane.

—¿Qué te ocurre ahora, John?

Dereck vaciló antes de dar la respuesta.

—¿Te importaría esperar dentro del coche mientras yo efectúo una llamada telefónica, pequeña?

Los ojos de ella se clavaron en los suyos a través del espejo retrovisor.

—¿Importante?

Dereck hizo una pausa.

—Sí, mucho.

Diane le miró suspicaz y contestó:

—Se trata de *miss* Velda

O'Hara,

¿verdad? Leí lo ocurrido en los diarios de la mañana. Y lo siento, John. Ésa es la verdad.

Dereck no contestó.

Dobló el volante hacia la derecha y el coche, obediente, terció por la primera bocacalle tomando la dirección de su apartamento.

Lo detuvo junto al bordillo de la acera y dijo mirándola a los ojos:

—Voy a subir a mi apartamento, linda. No tardaré en volver y gracias. Diana se sonrió y Dereck abandonó el coche. Pisaba la acera cuando le llamó.

—John...

Fue un tenue susurro, pero la oyó con absoluta claridad y se volvió para mirarla. Entonces Diane dijo:

—Si tienes algo para beber, y me invitas a una copa, mientras telefoneas a la clínica, te acompaño.

—*Whisky* —replicó Dereck un tanto secamente—. Si es que queda.

Antes de terminar de hablar vio frente a sus ojos sus magníficas piernas envueltas en medias de malla negra, en su totalidad, y luego

Delia se encontró a su lado.

—Vamos —dijo.

La prendió de un brazo.

Dereck abrió la puerta que daba acceso a la escalera, la cerró a espaldas de los dos y a continuación la llevó al ascensor. Pulsó el botón que debía conducirles hasta el piso donde tenía su apartamento.

Era agradable.

Era... lo que ya había pensado infinidad, de veces, e incluso se lo dijo a ella misma en el interior de la «boite». Una chiquilla muy hermosa. Una deliciosa muchacha capaz de hacer perder la cabeza a cualquiera, pero estaba Velda.

Sonrió para sí mismo mientras se acercaba a la puerta de su apartamento; introdujo el llavín en la cerradura, lo hizo girar, abrió, y tanteando el marco por la parte interior, encendió la luz.

Pasó dentro llevándola detrás, cerró a su espalda y dijo:

—El teléfono y las bebidas están en el *living*, preciosa. Vamos, ven conmigo.

Diane siguió detrás.

Dereck abrió la puerta, la luz se filtró un tanto por la abertura, lo que facilitó las cosas para encontrar el interruptor, y lo hizo girar.

Entonces se apartó a un lado y Diane pasó primero, yendo a sentarse en absoluta dejadez sobre el sofá cabalgando en el acto una de las piernas sobre la otra.

—Venga ese *whisky*, John —dijo.

Y eso fue todo por el momento.

Los tipos eran dos, con todo el aspecto de cargadores de muelle.

Salían del dormitorio llevando las manos bajo las axilas izquierdas. Diane lanzó un pequeño grito de sorpresa y miedo; los dos *gangsters* vacilaron unos segundos, y Dereck saltó sobre el sofá, derribándolo al suelo con ella encima, mientras que el estallido de las detonaciones, poblaba de ecos siniestros el interior del apartamento.

Pero de un modo inexplicable, tal vez porque ninguno de los dos esperaba que llegara una mujer en compañía de Dereck, los proyectiles pasaron altos sobre sus cabezas y éste no les dio tiempo a nada más.

Llevaba su automática en la mano cuando rodó al otro lado del sofá, en compañía de Diane, y disparó por dos veces sin apenas apuntar.

Las dos detonaciones, ya que el arma se encontraba desprovista de silenciador, conmovieron la casa hasta sus cimientos.

Luego fue el primero que se puso en pie, alargando la mano hacia Diane, que le miraba llena de terror, y la ayudó a levantarse.

—Vamos, pequeña —dijo—; tenemos que irnos.

—Pero qué... ¿Qué fue lo que...?

—Te lo explicaré luego —la interrumpió—. Ahora nos vamos. La policía no tardará en llegar, querida, y no deseo que te pesquen aquí, ¿comprendes? Ni a ti ni a mí.

Diane miró a los dos *gangsters* caídos en el centro del *living*, con las armas en la mano, y se estremeció involuntariamente. En el acto avanzó hacia la puerta, pero Dereck la retuvo por un brazo.

—Por aquí no, nena —dijo—. Por la escalerilla para casos de incendio.

Tiró de ella, la hizo penetrar en el dormitorio, abrió la ventana y unos segundos más tarde ambos bajaban en dirección a la calle, que alcanzaron siete minutos más tarde y sin que nadie les hubiera interrumpido.

Llevándola de la mano, avanzó rápidamente hacia el lugar donde había estacionado el «Cadillac», y se dijo que al parecer aquélla era su noche de suerte, ya que no había nadie a la vista.

Tampoco se oían las sirenas de la policía.

Dereck continuó tirando de Diane y ambos alcanzaron el coche.

La empujó dentro sin miramiento alguno y unos segundos más tarde conducía velozmente hacia el apartamento de ella.

Fue cuando faltaba muy poco para llegar el momento en que Diane escogió para decir:

—¿Qué fue en realidad lo que ocurrió, John? Yo... aún no logro comprenderlo. ¡Fue todo tan rápido!

—Pues es muy sencillo de explicar querida —respondió Dereck—. Me estaban esperando con ánimo de convertir mi cuerpo en un colador. Apuesto a que tu amigo McTravis va a recibir un disgusto cuando sepa que esos dos fracasaron en el intento.

—¡John!

—¡Diane! —se burló él.

Ella calló.

Cinco minutos más tarde, Dereck detuvo el coche frente a la puerta del edificio donde Diane tenía su apartamento.

—Bien, pequeña —exclamó—, aquí te dejo.

Diane forzó una sonrisa y preguntó:

—¿Y ahora qué ocurrirá, John?

—¿A qué te refieres?

—A tu apartamento, a todo esto, a la policía. ¿Qué dirán cuando vean a esos dos muertos?

—Nada. Nada, a no ser que tú vayas al Departamento de Homicidios y les digas que yo les maté.

Diane pensó durante unos segundos y finalmente preguntó:

—¿Vas a complicarme en eso, querido?

—No, si no hay más remedio. Lo único que deseo es...

—¿Por qué no subes conmigo y lo discutimos frente a un par de vasos de *whisky*? —le interrumpió.

No era, eso lo que deseaba, pero Dereck, aun en contra de sus propios deseos, asintió con un seco movimiento de cabeza, diciéndose de paso que, tal y como estaban las cosas, tampoco sabía adónde ir.

Subieron y Diane le indicó que se sentara en el sofá. Luego fue al mueble-bar y de éste al frigorífico, donde preparó dos *whiskys* con hielo. Regresó a su lado y se sentó muy cerca.

Ofreciéndole uno de los vasos preguntó:

—¿Qué es lo que decías de la policía, John?

Dereck forzó una sonrisa.

—Nada que sea grave, querida —dijo—. Sólo que si te preguntan, puedas decir que a esa hora ambos estábamos paseando por Nueva York.

—Eso es perjurio, John.

—No, si tienes en cuenta que no vas a jurarlo delante de un tribunal.

Diane se le acercó un poco más.

—Sí, John —dijo ofreciéndole los labios—. Lo haré. Dereck la enlazó por la cintura y acto seguido supo lo que ella le había querido decir.

CAPÍTULO IX

Había una figura decorativa, cuando al día siguiente entró en el despacho, sentada sobre el pico de la mesa, mostrando la maravilla de sus piernas al hombre que se sentaba en uno de los sillones.

Un hombre que se puso en pie apenas verle entrar.

Dereck soltó un respingo. Pero no fue por el hombre sino por ella. Luego dio un paso al frente intentando adivinar qué clase de rostro había debajo de aquel velo negro, aunque no tenía necesidad de hacerlo.

Piernas como aquéllas sólo había otras.

Las de la chica del calendario del bar de Olsen O'Neil.

También la tímida y bonita sonrisa de ella.

Dereck avanzó un paso.

Pero Mac Harrison le atajó con un gesto mientras decía:

—Un momento, Dereck, deje ahora a *miss*

O'Hara

y conteste a una pregunta.

Se volvió a mirarle arqueando una ceja en un bien marcado gesto de sorpresa, que no sentía en modo alguno.

—¿Qué es lo que ocurre, teniente?

—Eso es lo que voy a preguntarle yo, si no con esas palabras, sí con otras muy parecidas, pesquisa. ¿Cómo ocurrió?

—¿El qué? ¿Lo de Velda? Confieso que no lo sé, por lo menos hasta que ella no me lo diga, teniente.

—No es por ahí y usted lo sabe, De...

Velda saltó del pico de la mesa al suelo y el espectáculo de sus piernas perdió parte de interés para los dos hombres, interrumpiendo de paso a Mac Harrison, que la miró con cara de pocos amigos.

Como siempre la había mirado.

—Salí anoche del hospital, John —empezó—. Fui al apartamento y... Bueno, los dos *gangsters*, los que me golpearon en Central Park, estaban allí muertos. Con un balazo cada uno. No... supe lo qué hacer sin estar tú, y llamé a la policía. Desde entonces el teniente Mac Harrison no se ha apartado de mí ni un solo segundo.

Dereck fue a replicar, pero Mac Harrison se adelantó a sus deseos.

—Si con esa explicación está satisfecho, pesquisa, le ruego responda a mi pregunta: ¿Qué fue lo que ocurrió?

Dereck forzó una sonrisa que le salió perfecta y contestó:

—Escuche, Mac Harrison, si lo que quiere es cargarme a los dos muertos, creo que no podrá ser, ¿comprende?

—No, no lo entiendo. ¿Quiere explicarse?

La sonrisa de Dereck se amplió.

—La explicación, polizonte, no se la puedo dar yo sino Diane Mulligan. Ella puede decirle que estuvimos juntos desde bastante antes de las diez de la noche hasta esta mañana. La encontré en el *Fígaro*, allá por Broadway. Es un lugar donde se reúnen a beber y a bailar parte de los «fans» de su marido, ¿comprende?, y también bailamos durante unas horas y luego nos fuimos a dar un paseo en coche.

La segunda pregunta de Mac Harrison no la esperaba:

—¿Es ella su cliente?

El gesto de sorpresa que se marcó en su semblante hubiera sido la envidia de cualquier comediante de nuestros días, si hubiera sido visto por éste, claro, cuando replicó:

—¿Ella? Vamos, teniente, no me haga reír. En este caso no hay cliente alguno, a no ser Velda. Ella fue la que habló primero de un asesinato y no la creí. Pero desde que quisieron cargarle la muerte de Delia me hice cargo de todo y no voy a parar hasta descubrirlo.

Mac Harrison le miró ladeando la cabeza, luego desvió los ojos para clavarlos en Velda y la muchacha le obsequió con una de sus mejores y tímidas sonrisas, que por singular contraste estaba cargada de veneno.

Siguió una pequeña pausa, que el propio teniente rompió mirando una vez más a Dereck.

—Dijo que estuvo con *mistress* Mulligan, ¿verdad?

—De acuerdo, teniente. ¿Algo más? Si no es así, le ruego que se vaya y me deje en paz.

Ante su estupor, Mac Harrison tomó su sombrero y se lo encasquetó. Sus fríos y acusadores ojos les miraron a ambos por igual mientras mascullaba entre dientes:

—Investigaré eso ahora mismo, fisgón. Si me ha mentido, le buscaré aunque sea en el propio infierno, Dereck. Y usted, *miss* O'Hara,

no intente salir de Nueva York para nada, sin que yo lo sepa.

Púdicamente, Velda clavó los ojos en el suelo, miró una pálida sonrisa y replicó:

—De acuerdo, teniente. Lo haré... si mister Dereck no me manda otra cosa. No olvide que soy su secretaria.

Sin contestar, Mac Harrison dio media vuelta y abandonó el despacho, dando un fenomenal portazo.

Al quedar solos, Dereck se acercó a ella, prendiéndola por los hombros.

—¿Cómo ocurrió, Velda, querida? —preguntó.

Levantó el vuelo que cubría aquel hermoso rostro y al verlo notó que su conciencia no le remordía en modo alguno por la muerte de aquellos dos «killers».

Acto seguido la tomó entre sus brazos y Velda se dejó llevar por él cuando unió su boca a la suya en un beso interminable.

Fue Velda la que primero se apartó de sus brazos. Luego se sentó en el pico de la mesa y preguntó:

—¿Conciencia culpable, John?

—¿Qué diablos quieres decir...?

La burlona risa de ella le interrumpió.

—Diane Mulligan —contestó—. ¿Cómo es? ¿Rubia o morena? Pero desde luego muy hermosa ¿verdad?

Dereck hizo una mueca y Velda rió de nuevo. Sonrisa que se cortó cuando dijo:

—Aún no me has dicho cómo ocurrió todo, Velda, querida.

El rostro de ella se nubló.

—Ni yo misma lo sé con certeza, John. Sólo recuerdo que durante horas vagué de un lado para otro. Tenía miedo de Mac Harrison, de Foster, y de toda la policía de Nueva York. No me atrevía a ir a ninguna de los sitios que ambos conocíamos hasta que

repentinamente me acordé de Central Park y comprendí que tú irías allí a buscarme —hizo una ligera pausa sin que Dereck la interrumpiera y añadió—: Debían de seguirme, porque tan pronto como me senté en el banco aparecieron esos dos. «Si eres mía buena chica nos dirás lo que deseamos saber». Me preguntaron sobre ti. Luego quisieron saber cómo sabía yo que lo de Mulligan era un asesinato y no un suicidio como dijo la policía y la Prensa y recalcaron que estaba equivocada. Me amenazaron. Me encontraba sola e intenté correr. Fue entonces cuando recibí el primer golpe. Sé que grité y entonces los dos cayeron sobre mí. Cuando... cuando me recobré me encontraba en el hospital tendida en una cama y con dos policías en la puerta. Y tú... No debía extrañarme, querido. Sé que te gustan todas. Por tanto no podías estar a mi lado y al de ésa... Diane Mulligan, ¿no? Y apuesto a que tiene unas piernas preciosas, ¿verdad?

—¡Vete al infierno, querida!

Y Velda rió una vez más, con lo que Dereck calló.

Luego siguieron unos segundos de silencio que Velda rompió con una pregunta:

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—¿A qué te refieres, pequeña?

—Al asesinato de esa

«ye-yé».

De Delia Morrison.

Estaba temiendo aquella pregunta desde el momento en que la vio en el despacho y, no obstante, respondió:

—El caso es el siguiente, preciosa...

Durante más de una hora, Dereck la puso al corriente de todo lo ocurrido en aquellas otras, y terminó diciendo:

—Ahora, Velda, deseo que te quedes aquí, y que no intervengas más en esto. ¿Comprendes?

—¡Pero, John! ¡Si no hay nadie cuando tú no estás, que me pueda admirar aunque sólo sea como figura decorativa! ¡Y con minifalda y con unas piernas como las mías! Eso... eso es un abuso, John Dereck...

Por segunda vez, el detective estuvo a punto de mandarla al diablo o a otro sitio peor, pero se contuvo.

—Ya me has oído, Velda —fue lo que dijo—. Como secretaria,

como figura decorativa, eres un monumento. Pero la policía...

—¿Qué diablos tienes que decir a eso, pesquisa barato? —interrumpió ella mostrando sus dientecillos en una burlona sonrisa—. Dime, ¿quién fue la que descubrió que se cometió un asesinato con Hoss Mulligan? La policía no, desde luego. Ni tú tampoco, querido. Por tanto...

—Vas a hacer lo que yo te he dicho, Velda, querida —atajó a su vez Dereck, secamente—. No deseo que te ocurra nada, ¿entiendes eso? —terminó suavemente, lo que motivó que ella, con un ligero grito, se refugiara en sus brazos.

Cuando éste y el beso terminaron. Dereck se puso en pie y Velda, abriendo mucho sus grandes y rasgados ojos negros, ahora llenos de sorpresa, preguntó:

—¡Oh, John!, ¿es que te vas?

Dereck no deseaba hacerlo. Nunca lo deseaba cuando se encontraba cerca de ella, pero no tenía más remedio.

Por tanto, tragándose lo que pensaba contestó:

—Claro, querida, tenemos que comer. Además, debo pagarle un sueldo a mi secretaria, ¿no?

—¡Un cuerno! —replicó ella con absoluta desvergüenza—. Ése es mi sueldo, amor.

—¡Velda!

Salió antes de que ella pudiera decir nada, dejándola pensativa y con extrañas ideas dentro de su bella y altiva cabeza.

Dereck, conduciendo el «Cadillac», alcanzó la Calle 32 Oeste, donde vivía el matrimonio Barton.

También utilizó el ascensor, y ya frente al apartamento pulsó el zumbador. La puerta se abrió un minuto más tarde, enmarcando en el umbral la figura deliciosamente menuda de Leslie Barton.

Pelo castaño, lacio sobre los hombros, flequillo ocultándole la frente, una breve minifalda, una blusa de colorines, un ancho y rojo cinturón con una gran hebilla dorada... y las piernas desnudas.

—¡Otra vez usted!

Fue toda una exclamación, a la que Dereck no hizo caso.

—Quiero hablar con mister Barton —dijo—. ¿Se encuentra en casa?

Los bellos ojos azules de ella se entrecerraron un tanto cuando contestó:

—No; a esta hora, nunca está en casa.

No se apartaba de la puerta, no le invitaba a entrar, como sucedió la primera vez que fue a hablarles y Dereck, haciendo una mueca, preguntó al respecto:

—¿Desea que le pregunte aquí, *mistress* Barton?

Leslie abrió los ojos, hizo un gesto como si se tragase algo amargo y se hizo a un lado.

—Pase y desembuche de una vez, mister Dereck —dijo—. Tengo una cita con el peluquero y no deseo perder mucho tiempo.

¡Monsergas!

Esto lo pensó Dereck, pero se lo guardó para sí mismo.

Cruzó el umbral y entró. Leslie cerró y a continuación ambos se enfrentaron, mirándose fijamente a los ojos. Y fue Leslie la que primero rompió el silencio.

—Le escucho, pesquisa —dijo—. Y supongo que no vendrá a hablarme de cajas de laca japonesa, ¿verdad? Ya le dije que...

—No sabía lo que contenía, pero mintió —contestó interrumpiéndola—. Dígame, ¿era una pistola o un diario, preciosa? Y no me diga que no lo sabe porque si se trataba de una pistola, le diré que el día en que Hoss Mulligan la compró en la Quinta Avenida, usted lo acompañaba. Diga, ¿lo sabía su esposo?

Leslie palideció y retrocedió un par de pasos como si repentinamente la hubiera golpeado en medio de la boca del estómago.

—¿Có... cómo lo supo? ¿Quién se lo dijo a usted?

Dereck dejó que por unos segundos una tenue sonrisa asomara por entre sus delgados y crueles labios y contestó:

—Joss McTravis. El me lo dijo. Diga, *mistress* Barton, ¿por qué me mintió?

Ella se rehízo en un segundo. Dereck tuvo conciencia de ello mucho antes de que respondiera:

—Eso, fisgón, es algo que no le importa a usted.

Por toda respuesta, Dereck cruzó despaciosamente el *living* donde fue conducido por Leslie y se acercó al teléfono. Puso la mano sobre el auricular y en vista de que continuaba callada lo levantó.

—¿Qué va a hacer? ¿Qué es lo que intenta?

—Llamar a la policía, pequeña —contestó—. El teniente Mac

Harrison, de Homicidios, está muy interesado en todo esto. Es decir, en la muerte de Mulligan y Delia Morrison.

Hubo unos segundos de silencio en vista de lo cual empezó a discar. Y por segunda vez, Leslie le interrumpió:

—De acuerdo, pesquisa —dijo con rencor—. Usted gana. Se lo explicaré todo.

Dereck soltó el auricular sobre su soporte y la enfrentó.

—La escucho, *mistress* Barton —dijo secamente.

Hubo una segunda pausa, ahora más larga que la anterior, hasta que finalmente Leslie la rompió:

—Es cierto, mister Dereck —empezó—. Yo misma compré una automática «Colt» para Hoss.

—¿Estaba su esposo enterado de eso?

—¡No! ¡Claro que no! Verá... Hoss y yo... Bueno éramos amigos desde mucho antes de que se casara con Diane y por tanto no es extraño que continuáramos nuestra amistad... sin que hubiera nada de malo en ello.

—Entonces volvemos a lo mismo de antes, *mistress* Barton. ¿Por qué mintió?

Leslie tragó saliva y sus hermosos ojos se clavaron en los de Dereck cargados de rencor.

—Es fácil, muy fácil de adivinar, Dereck —dijo—. No deseaba que se supiera mi amistad con Hoss... ya que éste había muerto en circunstancias extrañas cosa que sospeché cuando usted vino haciendo preguntas. El... murió en la Estación Central y todos creían en un suicidio menos usted. Empecé a hacerme preguntas y... y... Sí, no hay más. Eso es... todo.

—¿Todo...? Continúe, *mistress* Barton —contestó Dereck poco dispuesto a dar facilidades.

—Poco más hay que decir, pesquisa. Casi nada. Mentí por eso. Según parecía se había suicidado con la pistola que compré para él... pues aquel día, a pesar de lo que McTravis haya podido decirle a usted, Hoss no me acompañaba. ¿Comprende ahora? —Hizo una pequeña pausa y añadió sin que Dereck la interrumpiera—: Cuando leí su muerte en los periódicos no sospeché nada, pero luego vino usted y la cosa cambió. Pensé que... que siendo su amiga, la amiga de Hoss, tal vez alguien creyó que le acompañaba aquella noche, como lo había hecho en otras, y que por cualquier causa le maté

empleando para ello su propio «Colt», ¿no?

—¿Y no fue usted, querida?

—¡Mister Dereck!... ¡Cierto que no!

Dereck pensó rápidamente y disparó la pregunta:

—¿Y tampoco sabe quién lo hizo, *mistress* Barton?

Leslie le miró con los ojos agrandados por el asombro.

—¿Cómo quiere que lo sepa, Dereck? —preguntó a su vez.

—Eso no lo sé. Pero tal vez su esposo de usted y Diane... Ella es una mujer muy hermosa y beneficiaría de una póliza de doscientos cincuenta mil dólares. Usted, en cualquier momento, pudo hablarle a su marido de esa automática, del lugar donde Mulligan la guardaba y en un momento dado la sustrajo y...

—¡Mister Dereck! No le consiento...

Calló de un modo repentino, ahogada por su propia pasión, y Dereck no hizo ademán alguno para interrumpirla, o en su defecto para decir algo con lo que pudiera ayudarla.

—Pero... que... que... ¡Oiga, fisgón del infierno! ¿Por qué no le pregunta a la propia Diane? ¿Por qué no lo hace con Joss? Ellos, y sólo ellos, pudieron matarle. Son amantes desde hace mucho tiempo. Joss es un tipo al que le gusta vivir de las mujeres. Más que un

«ye-yé»

es un vulgar *gigoló*. ¿Comprende usted? No tiene un solo centavo y sin embargo vive bien y gasta todo cuanto quiere. ¿Por qué no busca por ahí en vez de venir aquí a acusarme a mí o a mi marido?

Dereck se mantuvo en silencio por espacio de más de treinta segundos, al cabo de los cuales formuló una pregunta que ella no esperaba en modo alguno:

—¿Qué sabe de Delia Morrison?

El silencio se hizo espeso entre los dos. Un silencio que Leslie tardó mucho en romper. Para eso hizo falta que Dereck la instara a ello:

—¿La conocía, *mistress* Barton?

—Sí. Era amiga nuestra. Quiero decir que lo era de la familia.

—¿De la suya simplemente, *mistress* Barton?

Ella achicó los ojos.

—¡Oh, no! —contestó—. Brenda y Elmer Mason la conocían también.

—¿Qué sabe de Delia Morrison?

—Le entiendo a usted, pesquisa —le interrumpió ella con manifiesto rencor—. Y fue Joss quien nos la presentó a nosotros y a los Mason. ¿Algo más?

Dereck no dudó en formular la pregunta:

—¿También era amiga de los Mulligan?

Ella arrugó la naricilla con lo que su rostro tomó un extraño aire de joven pilluelo. Y tardó tres o cuatro segundos en dar la respuesta:

—No, no; creo que no, aunque no estoy segura. Puede que...

Calló, y Dereck insistió:

—¿Y de *mistress* Mulligan?

—¿Diane? No lo aseguraría, pero habiéndola presentado Joss, no lo creo posible.

—¿Por qué?

Por primera vez desde que había entrado, Leslie se permitió una sonrisa.

—Verá usted, sin que tampoco pueda afirmarlo, corrían rumores que entre Joss y Delia había algo más que una simple amistad. Que habían intimado bastante, ¿comprende? Por tanto, no creo que Diane la hubiera visto nunca.

Aquello encajaba con las conversaciones que había sostenido con ella en más de una ocasión. Diana siempre había negado conocer la identidad de la mujer asesinada en su apartamento.

Respondió con algo que pensó en aquel mismo momento:

—La tarde que la mataron, ¿a qué fue Delia al apartamento de los Mulligan? Usted me ha dicho que no conocía a la dueña.

Leslie le dedicó la segunda sonrisa de la tarde y contestó:

—Para mí es sencillo, Dereck.

—¿Sí...?

—Claro. Y si alguna vez sabe ese «porqué», también sabrá la identidad de su asesino.

—Explique eso, ¿quiere?

—Es muy fácil —le sonrió por tercera vez y añadió—: Delia fue a buscar la caja de la laca, o en su defecto el diario que contenía. En ella, Hoss guardaba la automática y el diario. Porque llevaba un diario... y eso no gusta a nadie cuando se sabe que ese «nadie» consta en sus páginas. Puede que señalaran al asesino, o puede que

no. Esto no es nada más que una suposición mía, pesquisa. Haciéndolo desaparecer se evitaban posteriores complicaciones, ¿no?

El razonamiento era lógico en verdad.

Dereck había pensado en aquello en más de una ocasión pero jamás se le ocurrió que aquel mismo pensamiento llegara a la mente de una mujer. Y mucho menos que esta mujer se llamara Leslie Barton, una de las sospechosas.

¿A no ser que...?

Incapaz de hacerle más preguntas de aquella índole, por el momento, Dereck cortó el hilo de sus pensamientos y preguntó:

—De acuerdo en eso, *mistress* Barton, pero ¿quién la mandó?

La sonrisa de Leslie se volvió burlona cuando contestó:

—El hombre o mujer en cuyas páginas de ese diario constaba su nombre y no con muy buenas intenciones... o la pistola que luego empleó para cometer un asesinato que hizo aparecer como un suicidio. Creía que un pesquisa tan inteligente como usted ya debía de haber llegado a esa conclusión.

Eran muchas las conclusiones a las que había llegado. A tantas, que aquélla había convertido su mente en un verdadero caos. A tantas, que ya ni pensaba en Velda, y mucho menos en figuras decorativas.

Pero dijo:

—Pudo ser su esposo de usted, ¿no? El la conocía y, por tanto, por si fuera poco, usted compró esa...

Leslie se puso violentamente en pie y Dereck se interrumpió, imitándola.

—Con ésta son dos o tres las veces que dice eso, figón —insultó—. Y por hoy ya basta. Además, aunque fuera así, que no lo es, pruébalo si puede —señaló el teléfono e instó—: Vamos, Dereck, llame a la policía. Ande, hágalo, y ya verá lo que les digo. Que usted está mintiendo. Que yo no le he contestado nada. Y será su palabra contra la mía.

Dereck no quiso continuar discutiendo sobre aquello sabiendo que se haría interminable, por lo que optó por acercarse a la puerta en el más completo silencio.

Antes de llegar a la misma, Leslie le pasó por delante envolviéndole con su suave perfume, pero ni siquiera se dio cuenta

de eso.

Le abrió.

Fue entonces cuando Dereck tomó de nuevo la palabra:

—Dígale a mister Barton que se cuide. Y usted también. Puede que dentro de poco les haga falta.

Sin esperar respuesta, sin volver la vista atrás, abandonó el apartamento y avanzó hacia el ascensor.

CAPÍTULO X

Detuvo el «Cadillac» frente al primer «*snack-bar*» que le vino al paso y entró. Al acomodarse en uno de los taburetes pidió un bocadillo de jamón y una lata de cerveza y se dedicó a pensar.

Tres minutos más tarde se encontraba en el interior de una de las cabinas telefónicas.

Disco.

Unos segundos de espera, y al otro lado la voz de la bella secretaria de mister Mac Donald.

Preguntó por él.

—Espere un momento que enseguida le pongo, mister Dereck.

Transcurrieron otros tantos segundos antes de que le oyera preguntar:

—¿Dereck?

—Sí, yo mismo.

Primero oyó un gruñido y a continuación le cayó encima un aluvión de palabras:

—Oiga, pesquiza, ¿dónde se mete? ¿Es que se ha creído que le pago diez mil dó...?

Dereck apartó un tanto el oído del auricular y clavó los ojos en el techo de la cabina con expresión atormentada. Y no volvió a hablar hasta que no oyó la pregunta:

—Bueno, ¿qué ha sido lo que ha descubierto?

Dereck se acercó el auricular al oído y contestó:

A partir de entonces, y por espacio de más de diez minutos, estuvo hablando con Mac Donald y a continuación colgó.

Pero no abandonó la cabina por el momento. Volvió a discar, pero Velda no se encontraba ni en la oficina ni en su apartamento, lo que le hizo pensar que ciertas figuras decorativas empezaban a campar por sus respetos.

Disco de nuevo, ahora llamando al bar de

O'Neil.

Fue éste el que se puso al otro extremo del hilo, y Dereck preguntó por Velda.

—Sí, Míster Dereck. Se encuentra aquí. Ahora mismo se pone.

—Hola. Pero...

—¿Qué diablos estás haciendo ahí, muchacha? —interrumpió medio en serio medio en broma—. ¿Te parece bonito que vaya de un lado para otro buscándote? Pero oye, ¿qué clase de secretaria eres?

La risa de Velda le interrumpió.

—¡Oh, John, amor! —dijo a continuación—. ¿Pero es que no lo sabes? Verás, se trata de

O'Neil.

El pobre tiene poca clientela y me llamó por teléfono para ver si entre las piernas de la chica del calendario, con su «bikini» y las mías con la minifalda... Bueno, como una atracción más. Y tendrás que aumentarme el sueldo, John. El paga mejor que...

Dereck la interrumpió con un bufido y preguntó:

—¿Puedo ir a buscarte?

Hubo unos segundos de silencio, y ella dijo:

—¡Pero, John! ¿Qué cosas se te ocurren? Ahora, precisamente ahora, no. Tengo una cita en la peluquería. ¿No lo puedes dejar para la no...?

Dereck se envaró y sus dedos se crisparon sobre el auricular.

—Escucha, Velda, pequeña —la atajó—. Ahora mismo voy a buscarte. Lo que tengo que decirte es bastante importante. Se trata del teniente Mac Harrison —mintió como un bellaco—. Espérame.

—¡Pero, pesquisa...! No te ha dicho que tengo una cita con la...

—¡Al cuerno con la peluquería y tú, Velda! —estalló—. No te muevas de ahí que ahora voy. ¿Conformes?

La voz de ella sonó extrañamente suave a los oídos de Dereck:

—De acuerdo, querido, te estaré esperando.

Colgó sin darle tiempo a contestar y Dereck, con una maldición, lo hizo a su vez. Luego se encaminó a la barra donde de un par de bocados terminó con el bocadillo, bebió la cerveza de un trago y salió a la calle mientras que en el bar de

O'Neil,

Velda soltó el auricular, que había estado mirando como a un bicho

raro, abrió el bolso, pagó, se enderezó las medias, a continuación miró a

O'Neill

que no la perdía de vista, le sonrió de aquella manera tan tímidamente suya y musitó:

—Mister Dereck no tardará en venir, según supongo. Dígle que me espere que no tardaré en volver.

Salió sin esperar respuesta, seguida por la mirada de

O'Neill

que movió la cabeza de un lado para otro con ademán dubitativo.

Velda tomó un taxi en la misma puerta del bar y dio una dirección cualquiera de la Quinta Avenida.

Mientras era conducida allí, pensaba. Como lo había hecho desde el momento en que Dereck le explicara todo lo ocurrido. Un sinfín de nombres danzaban en el interior de su cerebro llevándola por derroteros insospechados.

Delia Morrison muerta, asesinada en su propia presencia, el ataque de que ella misma había sido objeto, cuyas señales aún quedaban en su rostro. Diane Mulligan, una

«ye-yé»

completamente interesante que tenía que cobrar doscientos cincuenta mil dólares, cuyo marido también había muerto.

¿Asesinado?

Velda se había hecho esta pregunta infinidad de veces y como siempre la conclusión era la misma. Le había conocido superficialmente, pero según sus propios pensamientos, Hoss Mulligan no era capaz de suicidarse. No era de esa madera.

Dos familias con dos hermosas mujeres. Leslie y Barton por un lado y Brenda por el otro.

Dereck había contado muchas cosas callando otras. Velda segura de aquello como de que ahora ya no tenía ninguna duda de que Mulligan había sido asesinado. No de un modo inconsciente, sino algo elaborado concienzudamente y de antemano. El atentado a que fue sometida se lo probaba con creces.

Y ella creía saber quién había sido.

—Hemos llegado, *miss*...

Velda interrumpió el hilo de sus pensamientos y miró por la ventanilla. Efectivamente, el taxi se había detenido frente a una

tienda de objetos japoneses. Pagó y descendió del coche.

Tras una ligera vacilación por su parte, entró en la tienda para abandonarla a los pocos minutos y a partir de entonces siguió casi los mismos pasos que Dereck diera en su día.

Oscurecía cuando dio por terminada su inspección, pero en contra de lo que Dereck hizo, ella sí compró una caja de laca japonesa.

Satisfecha en extremo, Velda buscó una cabina telefónica.

Entró, tomó el auricular y disco, pero Dereck no se encontraba en la oficina ni en el apartamento.

Con el pensamiento puesto en el bar de
O'Neill,

y en que no se había comportado muy bien con él aquella tarde,
Velda disco una vez más.

—¿Dígame?

En el acto reconoció la voz de
O'Neill
y respondió:

—Soy Velda, mister

O'Neill.

¿Se encuentra ahí mister Dereck?

Al otro lado del hilo se hizo un largo silencio.

—Estuvo aquí buscándola, *miss*

O'Hara

—replicó

O'Neill

—. Y esperó durante más de una hora. Luego se marchó maldiciendo lo mismo que un loco —hizo una ligera pausa que Velda no se atrevió a romper y prosiguió—: ¿Le ocurre a usted algo?

Velda vaciló unos segundos preguntándose de paso cómo iba a decirle a

O'Neill

la verdad de lo que pensaba, y contestó:

—No, nada. Pero si John... Quiero decir que si mister Dereck vuelve, dígame que le telefoneé y que le espero en nuestro apartamento.

—Correcto, *miss*

O'Hara,
así lo haré.

Velda colgó, fue a la barra, tomó un bocadillo, pagó y salió a la calle. Detuvo el primer taxi que encontró vacío y se hizo conducir.

Abrió utilizando el llavín de su propiedad y registró el piso de un extremo a otro buscando cualquier indicio que le dijera que Dereck había estado allí.

Pero no lo encontró.

Entonces fue al *living*, se preparó un *whisky* y acto seguido se acercó al teléfono.

Levantó el auricular y discó.

—Diga...

Era

O'Neil.

Preguntó:

—¿Vino mister Dereck?

Otros cuántos segundos de silencio y luego replicó:

—No, *miss*

O'Hara.

No ha venido aún. ¿Quiere que le dé algún recado?

Velda vaciló un poco antes de dar la respuesta.

—Dígale, si va por ahí —contestó—, que he dicho yo, que si no es tan estúpido como creo, que me busque donde él sabe. Y gracias por todo, mister

O'Neil.

Colgó antes de que pudiera replicar, lo que motivó que en el acto fijara sus ojos en el bikini negro de la chica del calendario. Luego los puso en blanco y murmuró:

—¡Vaya piernas, diablos!

Un par de clientes le miraron a su vez, pero ninguno de ellos supo nunca que él no se refería, ni mucho menos, a la chica del calendario, a pesar de que la estaba mirando.

Entretanto, Velda se acercó al frigorífico, se preparó un *whisky*, con el vaso en la mano se acercó al lugar que ocupaba el teléfono pensando que si alguien deseaba abandonar Nueva York, sólo tenía dos caminos si no usaba las carreteras. El aeropuerto de La Guardia y la Gran Estación Central.

Levantó el auricular y una vez más en el transcurso de muy

pocas horas, Velda marcó un número telefónico.

—Gran Estación Central... Información... ¿Dígame?

Velda suspiró fuerte y contestó:

—Soy *mistress* Diane Mulligan. ¿Puede informarme si lleva mucho retraso el tren de las 11'45 horas?

—No, *mistress* Mulligan, saldrá a su hora. ¿Algo más?

Velda hizo una pausa que apenas duró un par de segundos y respondió:

—Encargué un billete para dicho tren, con reserva. ¿Quiere decirme si mi nombre se encuentra en la lista de los coches cama?

—Un momento, por favor.

Siguió un corto espacio de tiempo y luego la muchacha que había al otro lado dijo que lo sentía, pero que nadie había encargado dicho billete, por lo que Velda colgó sin esperar a más.

Casi en el acto volvió a llamar, pero ahora lo hizo al aeropuerto de La Guardia y su pregunta fue bastante diferente.

—Mi nombre es Diane Mulligan —dijo—. *Mistress* Mulligan. Encargué un pasaje para uno de los aviones de esta noche. ¿Quiere decirme si me lo han podido conseguir y a qué hora sale el avión?

Esperó más de dos largos minutos antes de que le dieran la respuesta, y supo que tenía suerte.

—*Mistress* Mulligan...

—Sí, dígame...

—Hemos podido reservarle un pasaje para el avión Nueva York-Chicago-París, que sale de aquí a las 0'45 horas. ¿Algo más, *mistress* Mulligan?

—No, gracias, eso es todo.

Velda colgó el auricular pensativamente.

¿Con que se iba? Diane Mulligan abandonaba Nueva York vía Chicago-París. Seguro que había cobrado la póliza de su esposo asesinado y ahora se marchaba con el producto de su crimen.

Doscientos cincuenta mil dólares, en Francia, representaban un buen montón de francos. Como para no tener que pensar en nada más durante el resto de su vida.

Velda bebió el *whisky* en pequeños sorbos y a continuación levantó una vez más el auricular telefónico. En contra de lo que esperaba, Olsen

O'Neill

le dijo que Dereck no había hecho acto de presencia.

Colgó y a continuación se encaminó al dormitorio.

Estuvo buscando en el interior unos cuantos minutos y luego se sujetó a la liga una pequeña automática calibre 22 y acto seguido abandonó el apartamento.

Un nuevo taxi la condujo hasta el *Fígaro*, pero no pudo encontrar a Dereck. Entonces regresó al bar de O'Nell,

pero tampoco se encontraba allí. Velda perdió más de diez minutos tratando de localizarle por teléfono y en vista de que no lo conseguía, tomó otro taxi y se hizo conducir al apartamento de Diane Mulligan.

Abandonó el coche un trecho antes de llegar y el resto del camino lo hizo a pie.

No utilizó el ascensor.

Lo hizo por la escalera y ya en el pasillo buscó el número y la letra del apartamento, tratando de recordarlo de la primera vez que fue allí.

Pulsó el zumbador y esperó unos segundos. Volvió a llamar y así hasta una tercera vez.

Sólo entonces oyó un taconazo al otro lado de la puerta, luego el llavín al girar dentro de la cerradura y finalmente la puerta se abrió enmarcando en el umbral la figura altamente decorativa de Diane Mulligan.

Una Diane que arqueó una ceja en señal de sorpresa, según calculó Velda, y que preguntó:

—¿No estará equivocada, querida? Me refiero a que a estas horas...

—No creo estarlo —interrumpió Velda secamente—. No, si usted es Diane Mulligan —hizo una ligera pausa y añadió rápidamente—. Me llamo Velda

O'Hara

y vengo a hablar de asesinatos con usted.

Diane vaciló unos segundos, luego se apartó de la puerta y entonces Velda vio al hombre.

—Pase rápidamente, *miss*

O'Hara

—dijo—. Tengo una sorpresa para usted.

Y ella lo hizo sin protestar, porque era lo único que podía hacer por el momento.

CAPÍTULO XI

Velda se detuvo en seco apenas alcanzaron la puerta del *living*.

Luego, con un ligero grito, corrió hacia el cuerpo caído de Dereck, pero no llegó a su lado.

—Será mejor que no se le acerque, *miss*

O'Hara,

o no tendré más remedio que matarla aquí, y ahora.

Obedeció.

No había más remedio.

Velda se volvió a mirarles a los dos, y con los ojos fijos en los de Diane, susurró mientras sus pensamientos iban directamente a la automática que guardaba.

—Confieso que siempre sospeché de usted —dijo—. ¿Por qué lo hizo, *mistress* Mulligan? ¿Por ese montón de dólares?

Apenas formular aquellas palabras, Velda comprendió que se había equivocado, ya que la actitud de Joss McTravis era bien elocuente. La pesada «Germán Lugger» que llevaba en la mano las estaba apuntando a las dos, y entonces supo la verdad, aunque no logró comprenderla del todo.

—Creo que se equivoca, aunque no sea por mucho, *miss*

O'Hara.

Vamos, siéntese y no se mueva de ahí —miró a Diane y añadió—. Y tú también, querida.

Las dos mujeres se acercaron al sofá, pero sólo una de ellas miró el cuerpo inanimado de Dereck y ésa fue Velda.

Se dejó caer sobre el sofá, sin apartar los ojos de él y puso las manos en el regazo, en espera del desarrollo de los acontecimientos, notando que Diana lo hacía a su vez a su lado.

Casi al instante oyó la voz de McTravis.

—¿Por qué sospechó que Hoss no se había suicidado, *miss*

O'Hara?

Lentamente, Velda apartó los ojos de Dereck y le miró.

—Le conocí —dijo escuetamente.

—Sí, de acuerdo, pero ¿es eso suficiente?

—Para mí, sí. Y ahora, ¿puedo saber qué vas a hacer con nosotros tres? ¿O el que nos esté apuntando es una comedia?

McTravis sonrió. Luego extendió la mano hacia una pequeña mesa adosada a la pared y preguntó señalando un maletín de mano:

—¿Sabe lo que contiene ese maletín, *miss*

O'Hara?

Velda hizo una mueca.

A continuación, de un modo que hasta al propio McTravis se le antojó maligno, levantó una de las piernas y la cabalgó sobre la otra, con lo que la mano derecha quedó muy cerca de la ahora tibia culata de la 22.

—Lo supongo —replicó—. Doscientos cincuenta mil dólares procedentes de la póliza de *mistress* Mulligan, ¿verdad?

—Chica lista —se burló McTravis—. Claro que eso es lo que contiene, y me los voy a llevar.

—¿Y con nosotros...?

McTravis rió, y la respuesta corrió a cargo de la propia Diane.

—Tres asesinatos son muchos crímenes, Joss —dijo—. Eso ya deberías saberlo.

—¿Por qué? —preguntó—. Esta «Lugger» lleva silenciador. ¿Te has dado cuenta, querida? —sonrió y añadió—. Nadie oirá los disparos. Y pasarán horas antes de que la policía descubra esto. Para entonces, ya estaré lejos y será demasiado tarde, contando con que la policía sospeche que fui yo quien les maté.

Los ojos de Velda iban de uno en otro, en tanto que una multitud de pensamientos danzaban en su mente. Mientras que el deseo de ganar tiempo era para ella cada vez más intenso.

—Y todo esto, ¿para qué? —preguntó.

—Un movimiento en el suelo, que más que esto fue un rumor, interrumpió la respuesta de Travis, que en el acto encaró la automática hacia allí, en tanto que Velda, con un ligero grito, se volvía también.

Dereck se estaba moviendo en el suelo. Claramente oyó su gemido y luego vieron cómo se llevaba la mano la nuca, lugar en

que McTravis le golpeará poco antes de que Velda se presentara en el apartamento, y sin que Diane pudiera evitarlo.

Unos segundos más tarde, Dereck se sentó en el suelo. Acto seguido, la voz de McTravis cortó su siguiente movimiento.

—Vamos, fisgón —dijo—. Póngase en pie, pero despacio. Y luego reúnase con las demás.

Había un infinito sarcasmo en su voz y en su sonrisa cuando sin pronunciar palabra, Dereck empezó a obedecer hasta dejarse caer al lado de Velda.

Entonces la voz burlona de Travis se dejó oír de nuevo, cuando ya empezaba a retroceder hacia donde se encontraba el maletín.

—¿Decía algo, *miss*

O'Hara?

Ella le miró valientemente a los ojos.

—Le preguntaba el porqué de todo esto —contestó.

Colocando la mano izquierda sobre el asa del maletín, McTravis rió suavemente. Abrió la boca para hablar, pero Dereck se adelantó a sus deseos.

—Se pasó de listo, Velda, querida. Él siempre estuvo enamorado de *mistress* Mulligan, pero no contó con que ella, o mejor dicho, con que para *mistress* Mulligan, y a pesar de ciertas cosas ocurridas entre los dos, no llegó a ser más que un buen amigo, por lo que rompió toda clase de relaciones entre ellos. Salvo la amistad. Mató a Mulligan siempre creído de que sus dotes de *gigoló* habían hecho mella en Diane, pero no era así, como se probó esta noche —hizo una pausa y sin dejar de mirar a Travis, continuó—: Verás, Velda, mister McDonald, siguiendo mis instrucciones, telefoneó a McTravis diciéndole de parte de *mistress* Mulligan que aquella misma tarde, o sea hoy, al atardecer, iba a cobrar el seguro de su marido y que se marchaba a París, vía Chicago. McTravis siempre había contado con esos dólares, ya que el asesinato de Mulligan lo planeó cuando por boca de éste se enteró que había una póliza a favor de su esposa por un montón de billetes de mil. A partir de entonces fue un asiduo acompañante de *mistress* Mulligan, haciéndole el amor a cada paso, mientras que en su mente nacía la idea de acabar con su marido. Una mujer como *mistress* Mulligan y doscientos cincuenta mil dólares, era mucho más de lo que había soñado en su vida. Por tanto, uno de los días que vino de visita, entró en el salón de

Mulligan y... Bueno, anteriormente, él había visto la caja de laca y sabía, por boca del propio Mulligan, que en ella guardaba una automática. Una «Colt» calibre 45, por lo que aquel día la tomó y aquella noche, quizá se enteró de que Mulligan tenía una cita en la estación Central y le siguió hasta allí. No le costó mucho trabajo acercarse a él, ya que eran amigos. Sospecho incluso que le llamó mostrándose sorprendido por el encuentro, y en un ligero descuido, acercó el cañón de la automática a la cabeza de Mulligan y le voló los sesos. Lo demás era fácil. Bastaba con borrar sus huellas del arma y colocarla en la mano del propio Mulligan. Dictamen: suicidio. Pero no contó con que una mujer llamada Velda O'Hara

pensara que aquello no estaba claro ni mucho menos.

Calló.

Y siguió un largo silencio que rompió la propia Velda.

—Creo que eso no es todo, querido. Falta por explicar la presencia de Delia Morrison en esta casa. ¿Es o no es así?

—¿Y por qué había de hacerlo?

—Por un diario. McTravis tenía miedo de que en éste, Mulligan hubiera contado cosas de su vida. Cosas poco edificantes si me comprendes. Por tanto, mandó a Delia, su amante de turno, y...

Dereck soltó un respingo en tanto que McTravis cerraba la mano en torno al asa del maletín, y empezaba a retroceder hacia la puerta, sin perderlos de vista ni un solo segundo.

—Miss

O'Hara

es una mujer muy inteligente, pesquiza —dijo ya junto a la puerta—. Lástima que mi felicitación llegue un poco tarde..., aunque ahora se equivoque un poco. Yo no mandé a Delia aquí a por un diario. No, no lo hice, sino que vine personalmente. Tuve que esconderme cuando Delia entró, esperando una oportunidad que se me presentó cuando volvieron a llamar al timbre. Entonces entró su secretaria y yo subí al piso superior. No creí que subieran juntas, pero así fue. Golpeé a *miss*

O'Hara

y el resto ya lo sabe. Y lo hice por ella, por Diane. No deseaba que se enterara de mis relaciones con Delia y mucho menos lo que contaba Hoss en su diario... Y lo que lamento es que cometí un

error. Debí llevarme el diario con la automática y así todo hubiera sido mucho más fácil, ya que no hubiera tenido que volver a esta casa. Por lo menos de aquel modo.

Giró levemente y Dereck vio cómo la mano izquierda en la que llevaba el maletín, se iba levantando hacia el tirador de la puerta.

—Lo que no comprendo —dijo deseando ganar tiempo a toda costa, a pesar de que no sabía para qué iba a servirle—, es por qué hizo todo esto. *Mistress* Mulligan, a pesar de todo, no estaba enamorada de usted.

La sonrisa de McTravis era sucia cuando contestó:

—Eso, pesquisa, tendrá que explicárselo ella misma. Pero ya no tendrá tiempo. Va a morir ahora. Pero ella, *mistress* Mulligan, morirá la última. Deseo que les vea morir. Que experimente la agonía de saber que unos segundos más tarde...

Diane se puso en pie con el semblante horrorosamente pálido.

—¡Estás loco, Joss! —exclamó—. ¡Siempre lo has estado!

McTravis se volvió hacia ella, ladeando el cañón de la «Lugger» y entonces, Velda saltó del sofá al suelo, dejando al descubierto las magníficas piernas envueltas en malla negra.

Hubo una maldición, un taponazo y al instante el ladrido de la 22. McTravis dio una completa vuelta sobre sí mismo, alcanzado en el hombro, mientras que la pesada bala de su automática arañaba el suelo junto a la bella cabeza de Velda, soltó una terrible maldición y levantó el arma por segunda vez.

Pero ni Velda ni él llegaron a disparar, porque entonces, lo mismo que un tigre, Dereck saltó sobre él.

McTravis no tuvo tiempo de apartarse de la trayectoria de aquel puño, duro como una roca, que viniendo de abajo arriba le alcanzó en medio del mentón, levantándolo del suelo y estrellándolo contra la puerta, que crujió de manera alarmante.

Empezaba a deslizarse hacia el suelo, cuando le alcanzó un segundo puñetazo y algo pareció reventar en el interior de su cabeza.

Tocó el suelo ya sin conocimiento y Dereck no perdió tiempo alguno. Tomó la «Lugger», se la guardó en el bolsillo, y le registró hasta encontrar la suya. Con ella en la mano, se acercó al teléfono y levantó el auricular. Empezó a discar sin que ninguna de las dos mujeres dijera nada.

Unos segundos más tarde se encontraba en contacto con el teniente Mac Harrison.

Cuando acabó su conversación con él, se sentó en uno de los sillones y miró a las dos. Velda adivinó su pregunta mucho antes de que la formulara, y eso que no iba dirigida a ella, ni mucho menos.

—¿Qué fue lo que quiso decir cuando afirmó que le preguntara a usted?

Mirándole, Diane le atajó, sin tutearle tampoco, tal vez pensando que en una ocasión como aquélla, la presencia de otra mujer en su apartamento era bastante inoportuna.

—Sí, y creo que llevaba razón —dijo—. Usted, Dereck, ya sabe la fama que tiene Joss con las mujeres, ¿no? Yo..., yo también debí pensar aquello y no decirle nunca... No, no debí hacerlo en modo alguno.

—¿A qué se refiere?

—Después de..., de... Bueno, no sabía cómo quitármelo de encima. Hice lo que pude, incluso le amenacé con contárselo a Hoss, pero se burló de mí como cosa lógica. Así una y otra vez hasta que en una ocasión le dije que habíamos terminado de una vez para siempre, por lo menos mientras el pobre Hoss viviera. Fue sin mala intención por mi parte, Dereck, pero él no lo creyó así. La prueba es que esta noche se presentó aquí. Usted dijo que se había enterado de que yo me marchaba a París y de que había cobrado esa póliza.

Me preguntó dónde estaba su pasaje. Fue... entonces cuando me dijo lo que... había hecho. Me horrorizó y corrí al teléfono cuando usted llamó. El, Joss, no parecía llevar arma alguna, pero cuando me volví para mirarle, tenía esa «Lugger» en la mano. Me obligó a abrirle y no tuve más remedio que hacerlo, mientras él quedaba oculto detrás de la puerta. Le golpeó apenas entrar y luego lo arrastró hasta aquí. Más tarde vino *miss*

O'Hara

y repitió la operación, pero sin golpearla. Y..., creo, Dereck, que eso es todo.

Calló mirándole en espera de su opinión.

¿Mentía? ¿Era la verdad lisa y llana la que le estaba diciendo? Dereck no lo sabía. La policía tampoco lo sabría nunca. Desde luego, su fama hacía pensar todo lo contrario. Ella pudo dar pie a Joss para que éste planeara el asesinato, pero nunca siendo lo

cómplice.

Mirándola a su vez, Dereck se dijo que aquello entraba de lleno en las posibilidades. No sabía por qué, pero era lo que pensaba. Incluso estaba dispuesto a jurarlo. No, nunca la creería cómplice de un asesinato.

Abrió la boca para contestar, pero su gesto se vio interrumpido por la insistente llamada del timbre de la puerta.

Se volvió a mirar a Velda.

—Vamos, muchacha —dijo—. Abre, que es la policía.

No se equivocó.

Tres segundos más tarde, precedidos por una sonriente Velda, entraron el teniente Mac Harrison y el sargento Foster, al mando de cinco agentes más, estos últimos vestidos de uniforme.

Desde el umbral de la puerta, Mac Harrison clavó los ojos en el cuerpo sangrante de McTravis y a continuación miró a Dereck, y preguntó:

—Supongo que tendrá palabras suficientes para explicarme esto, ¿verdad, Dereck?

Pero a pesar de su pregunta, del tono con que fue hecha, Mac Harrison estaba convencido de antemano de que, por una vez más, tanto Dereck como Velda

O'Hara,

se le escapaban de las manos.

—Síéntese, teniente, que va para largo —fue la respuesta que obtuvo.

Sin dejar de mirarle, mientras que Foster y los cinco agentes se acercaban al caído cuerpo de McTravis, lo hizo frente a él y esperó.

Fue muy poco ya que Dereck empezó a hablar en el acto, teniendo ahora a Velda sentada a su lado, y a la pálida Diane apoyada contra el respaldo del sofá y con los ojos también fijos en los suyos.

—¿Por qué no me llevas a dar un paseo por la orilla del Hudson, John?

Dereck la miró sospechosamente, extrañado de que formulara aquella petición al segundo siguiente de haberse sentado a su lado, en el interior del «Cadillac», mientras el coche patrulla se llevaba a McTravis, Harrison, Foster y los agentes, se perdía en la distancia y

contestó:

—¿A esta hora, Velda?

—Quiero tomar un poco de aire fresco. ¿Es que...?

—De acuerdo, querida —interrumpió él—. Te llevaré.

Puso el coche en marcha e hicieron el viaje en el más completo silencio, bordeando la orilla del río hasta que de un modo repentino, Velda lanzó por la ventanilla el paquete que llevaba en la mano y que Dereck aún no había tenido tiempo de preguntarle de qué se trataba.

Sorprendido pisó el freno.

Las cubiertas del «Cadillac» chirriaron sobre el asfalto y el coche se detuvo.

La miró fijamente un segundo antes de formular la pregunta:

—¿Qué diablos fue eso, Velda?

Ella sonrió, acercándosele.

—Una caja, querido —respondió—. Una caja de laca japonesa con un diario en blanco que compré en la Quinta Avenida.

—¿Qué...? Bueno, ¿y para qué, preciosa?

Y ella le explicó lo que había hecho desde el momento en que abandonara el establecimiento de

O'Neil

hasta que McTravis le hiciera entrar en el apartamento de Diane a punta de pistola.

Terminó diciendo:

—Confieso que si me lo llevé hasta allí, fue porque siempre creí que Diane había matado a su marido, pero me equivoqué. Quería que a la vista de esa caja y del diario, confesara cómo lo había hecho, pero no sirvió de nada.

Calló, y en vista de que Dereck no pronunciaba palabra, preguntó:

—¿Nos vamos ya, querido?

Por toda respuesta, Dereck embragó y puso el coche en marcha.

Ya no hablaron más hasta llegar muy cerca del apartamento. Y fue Velda la que rompió el silencio que les envolvía con una pregunta:

—¿Quién mandó a Delia...?

—Quizá los Barton, querida.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Leslie Barton tuvo cierta amistad con Hoss y quizá se enteró que en el diario estaba su nombre. Muerto Hoss, nada más sencillo que mandar a una persona de su confianza para buscarlo y luego destruirlo cuando tú por un lado, y llevada por otro motivo, fuiste allí conjuntamente con McTravis, que a su vez también buscaba el diario.

Callaron hasta que Velda dijo:

—Creo, John, que te mereces un beso.

—Ya lo sé, pequeña —contestó Dereck con petulancia—. Pero no lo intentes ahora. Este cacharro no está asegurado contra cierta clase de accidentes.

Lo que motivó que ella le lanzara una mirada de través y diera la callada por respuesta.

FIN

AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

